

Voces latinas en Montreal

Elena, Martha e Irma cuentan

Relatos de vida recogidos por Monique Sarfati-Arnaud

TINKUY

BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE
N° 2 – Otoño 2005

Director

Juan C. Godenzzi

Colaboradores de edición

María Mercedes Correa

Daniel Sánchez

Cuando me nació la idea de venir a Canadá...



- | | | | | |
|----------------------------|---------------------|---------------------------------|----------------------------|----------------------------|
| 1. Soyaniquilpan de Juárez | 14. Acolman | 27. Chiautla | 40. San Antonio la isla | 53. Malinalco |
| 2. Huehuetoca | 15. Isidro Fabela | 28. Papalotla | 41. Texcalyacac | 54. Almoloya de Alquisiras |
| 3. Coyotepec | 16. Otzolotepec | 29. Tepetlaoxtoc | 42. Almoloya de Río | 55. Ixtapan de la Sal |
| 4. Teoloyucan | 17. Jilotzingo | 30. Nezahualcóyotl | 43. Atizapan | 56. Zumpahuacan |
| 5. Jaltenco | 18. Huixquilucan | 31. Chimalhuacan | 44. Capulhuac | 57. Cocotitlan |
| 6. Melchor Ocampo | 19. Naucalpan de J. | 32. La Paz | 45. Jalatlaco | 58. Tenango del Aire |
| 7. Tecamac | 20. Atizapan de Z. | 33. Chicoloapan | 46. Tianguistenco | 59. Ayapango |
| 8. Temascalapa | 21. Tlalnepantla | 34. Valle de Chalco Solidaridad | 47. Otzoloapan | 60. Amecameca |
| 9. Nopaltepec | 22. Coacalco | 35. Calimaya | 48. Zacazonapan | 61. Tepetlixpa |
| 10. Cuautitlán | 23. Ecatepec | 36. Metepec | 49. San Simón de Gro. | 62. Ozumba |
| 11. Tultepec | 24. Atenco | 37. San Mateo Atenco | 50. Almoloya de Alquisiras | 63. Atlautla |
| 12. Nextlalpan | 25. Tezoyuca | 38. Mexicaltzingo | 51. Ixtapan de la Sal | 64. Ecatzingo |
| 13. Teotihuacan | 26. Chiconcuac | 39. Chapultepec | 52. Tenancingo | 65. Rayón |
| | | 68. Cuautitlan Izcalli | 67. Amanalco | 66. San M de las Piramides |

(Martha Hernández de Monroy)

*Haré cosas maravillosas arriba en el cielo,
y señales milagrosas, abajo en la tierra.
Hechos 2,19*

Le entregué la niña a mi esposo, los abracé a todos y salí

Cuando me nació la idea de venir a Canadá, tenía cuarenta y dos años. Una señora, cuyos hijos vivían aquí, me comentó que ellos habían pedido refugio y me animó a que hiciera lo mismo. Yo deseaba salir de mi país porque mi esposo tenía unos problemas políticos, bastante graves, y temía que nos fuera a pasar algo. Ésa fue la razón. En la conversación con esa señora también participó una amiga mía. Ella me recordaba –cada vez que manifestaba mi angustia frente a la situación que vivíamos– la posibilidad de que saliera del país.

Para mí, eso significaría una segunda experiencia en el extranjero, ya que había estado en Estados Unidos, y no estaba segura de querer salir de nuevo. Mi amiga volvía constantemente con este tema y me decía: “Martha, ¿por qué no nos vamos? Dicen que allá es muy bonito y que nosotras podemos ir”.

En realidad, no teníamos idea de cómo era Canadá y menos cómo era Quebec. Como me insistía demasiado con ese tema y yo no estaba todavía lista mentalmente, le di el pretexto de que mi esposo nunca me daría el permiso para salir del país por segunda vez. Luego le di otro motivo para que no me insistiera más: le dije que no tenía dinero para viajar y que para ir a Estados Unidos habíamos tenido que hacer un préstamo en el banco. Esa era otra razón para que mi esposo no me diera permiso. Aunque quisiera salir, no podía, porque no tenía los recursos necesarios. Mi amiga me contestó que si estaba dispuesta a ir con ella, me hacía el préstamo. Vi tanto interés en ella que pensé: “Bueno, eso es una señal...”. Creo en Dios y no doy un paso si no le pido a él la dirección. Así que le pregunté a Dios si era su voluntad que yo me fuera a Canadá. Además, comencé a tener unos sueños donde estaba yo en Montreal aunque no conocía esta ciudad. Me veía en un viento que me llevaba y me traía, con una lluvia fría. Todo eso soñaba. Me veía también bastante prosperada en ese país. Eso me hizo concluir que Dios me estaba poniendo la bandeja en las manos y que no podía despreciar esa oportunidad.

Luego, comencé a pedirle a Dios que le ablandara el corazón a mi esposo y que me dejara salir. ¡Y así fue! Primero, hablé con él y me dijo: “No, no, no, no me estás hablando de esas cosas, no me quiero quedar otra vez aquí solo”. Él no veía el peligro que corría. Por eso me negaba el permiso. Me tocaba insistirle.

Finalmente, me dijo: “¿Estás segura de lo que quieres? Mira que los niños se van a quedar solos”. Teníamos una niña de año y medio, y la idea de dejarla me atormentaba y me hacía dudar. Quizás por eso al principio no quería tomar esa determinación, porque mi niña se iba a quedar sola. Fue lo más duro para mí cuando decidí salir. Cuando mi esposo ya me dijo: “Bueno, pues lo dejo a lo que tú digas. Si dices que te quieres ir porque sientes que todo te va a ir muy bien allá, pues pueda ser que sea Dios que nos quiera ayudar”. Con esa respuesta positiva fui a ver a mi amiga Sofía. “Bueno, no perdamos más tiempo, arreglemos los papeles y nos vamos”, me dijo ella. Y así fue. Conseguimos nuestras visas y preparamos la salida.

El día de la salida... ¡Ese día fue tan triste para mí! Tenía a mi niña en brazos, tan pequeñita, por poco me arrepiento en el aeropuerto. ¡Me dolió tanto el corazón tener que dejar a esa criatura! Pero no la dejaba porque no la quisiera, ni porque no me doliera, sino que quería algo mejor para mi familia. Mi deber era irme y luego llevarme a toda mi familia. Esa era la razón de nuestro sacrificio. Recuerdo que le entregué la niña a mi esposo, los abracé a todos y salí.

No conocía nada, ni a nadie, aparte de mi compañera de viaje. No sabía qué iba a ser de mí. No es fácil ir a un lugar que uno no conoce y donde nadie la espera. En el avión sentía una gran tristeza y hubiera querido regresarme, pero ya no había regreso.

Me veía en un viento que me llevaba y me traía, con una lluvia fría

Llegamos en diciembre del 83, en pleno invierno. Dicen que todos entran a Inmigración con una historia que contar, pero yo no traía ninguna historia. Eso fue lo triste, no sabía qué contar. Pensaba decir que venía como turista. Y pensaba que iba a ser fácil entrar. Pero no fue así. Cuando llegué a la ventanilla del servicio de inmigración, me hicieron preguntas que un intérprete me traducía. Querían saber cuál era el motivo de mi venida a Canadá. Yo no sabía qué decirles. Dije que por la mala situación de mi país y unos problemas personales –por supuesto eran políticos, pero mi esposo era el que estaba envuelto en esas cosas, no yo–. Entonces me dijeron que mi solicitud no se justificaba para entrar a Canadá. “¿Qué puedo hacer?”, les pregunté y me contestaron: “Bueno, por el momento, usted se va a quedar aquí”. Era la época de Navidad y casi todo estaba cerrado. “Como ahora todo está cerrado aquí, usted va a

tener que irse a un hotel que le vamos a brindar. No se preocupe, mientras usted esté en el hotel, será muy bien atendida y después ya veremos qué hacemos”. Estaba asustada y pensaba: “¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? Me van a regresar”. Y estuve esperando. Con mi amiga Sofía pasó lo mismo. La mandaron al mismo hotel, en Dorval, donde nos atendieron muy bien.

Si quieren quedarse en Canadá, tienen que mentir

Cuando pasó la temporada del feriado, un agente de inmigración nos convocó y nos dijo: “Señoras, ustedes se van de vuelta para Guatemala”. Sentí como una ducha helada y me puse muy triste. Luego añadió: “Mañana iremos a la agencia de viaje que las trajo y las pondremos en un vuelo para Guatemala”. Entonces me fui para el hotel y comencé a pedirle a Dios: “Señor, no permitas que me regresen porque si tú me trajiste, ¿cómo puede ser que ahora me regresen? Tengo fe en que tú me vas a ayudar a mí y a mi amiga”. Eso fue todo. Al día siguiente vinieron a buscarnos y nos fuimos con nuestras valijas a la agencia que nos había traído, pero, como estaba todavía cerrada, nos tuvieron que llevar de nuevo al hotel. Me dieron una lista y me dijeron: “Señora, aquí hay una lista de personas, consejeros de inmigración; marque usted cualquier número de teléfono y encontrará a alguien que la pueda orientar”. Me puse alegre, pensé: “Si ellos dicen que me van a mandar a mi país, ¿por qué me están dando un papel para que busque ayuda? Eso quiere decir que me van a dar una oportunidad”. Y, efectivamente, así fue. Tal como dijeron, marqué un número y salió una señora que me dijo: “Soy la señora Julieta, consejera de inmigración. ¿En qué le puedo servir?”. Comencé a contarle la historia y lo que estaba pasando. No entendí por qué me preguntó por mi religión, pero, cuando le dije que era evangélica, me contestó: “¡Ah! Con razón, a los evangélicos no les gusta mentir y ustedes van a tener que mentir. Si quieren quedarse en Canadá, tienen que mentir”. Eso fue muy duro, porque es cierto que para nosotros es terrible mentir. Y le dije: “Si no me queda otra, qué puedo hacer”. Entonces, me dijo: “Mañana, nos juntamos a las diez de la mañana en la Corte. A usted la van a llevar del hotel, yo la voy a estar esperando. ¿Cómo se llama usted?”. También me pidió el nombre de mi amiga. Al día siguiente, los de inmigración nos llevaron a la Corte, donde nos esperaba la señora Julieta, quien se nos acercó y preguntó: “¿Usted es Martha?”. “Sí”. “¿Y usted Sofía?”. “Sí”. “Bueno – dijo –, al entrar aquí, tienen que decir que vienen por problemas. No digan que han venido por la

mala situación porque no van a lograr nada”. Me puse otra vez muy triste, no quería mentir. No sentía la necesidad de mentir. Estando frente a los jueces, me dijeron: “Usted va a contestar nuestras preguntas con la verdad y solamente la verdad”. Al oír eso, agaché mi cabeza y el juez dijo: “Levante la mano”. Levanté la mano. Me pusieron una Biblia en la mano. Eso fue lo peor, porque la Biblia es algo sagrado, que yo amo y respeto mucho. En ella está encerrada la palabra de Dios. Con la Biblia en las manos, no pude hablar, se me hizo un nudo en la garganta, no pude hablar y sólo lloré. Entonces los jueces dijeron: “¡Pobrecita! Sáquenla. No la hagan sufrir más”. Me quitaron la Biblia y me sacaron para afuera, mientras yo seguía llorando. Ahí puedo ver la mano de Dios. ¡Cuánto tiene de bueno creer uno en Dios!

Luego, llamaron a mi amiga. Se pensará que estas son casualidades o quién sabe qué, pero lo que yo veo es un puro milagro, porque cuando le tocó a ella entrar allí (debo decir que también es evangélica) le pasó lo mismito que a mí. Ella no me había visto porque estaba afuera. No sabía lo que me estaba pasando y, sin embargo, tuvo exactamente la misma experiencia. También le dijeron: “¡Pobrecita! Ella tiene serios problemas, no la molestemos más”. Y la sacaron.

Al verla, me entró una gran alegría. Pensé: “No nos sacaron y nos quedamos en Canadá por fe”. Eso fue lo que pasó. Nos regresaron, ya no para el hotel, sino que a otro pagado por nosotras. Nos quedamos allí durante cinco días. Luego nos sacaron y la señora Julieta nos acompañó a buscar un apartamento. Encontramos uno muy bonito y barato, en la calle Everett, por Jean Talon.

Antes de despedirse de nosotras, nos dieron un papel que nos citaba de nuevo a inmigración. Lo más lindo fue el amor que recibimos de toda esta gente de Canadá y de Montreal, específicamente. Empezaron a decorarnos el apartamento, una cosa tan linda que sigo muy agradecida. Nos ofrecieron cuanto necesitábamos, ayudándonos durante dos semanas, llevándonos comida ya preparada y, verdaderamente, no nos hacía falta nada allí, nada. Hasta agujas para coser me regalaron. A las dos semanas, la señora Julieta me consiguió un trabajo, en una casa. Me fui a trabajar allí, a cuidar a los niños. Sólo estuve un mes en esa casa porque me pagaban muy poco. Unas personas me dijeron que era un sueldo demasiado bajo por cuidar niños. Le avisé a la señora que buscara a otra persona y en cuanto la encontré, me fui con una familia muy rica, millonaria, los Saputo. Hasta en inmigración me

preguntaron una vez cómo había hecho yo para llegar a esa casa... Pero tampoco trabajé mucho tiempo con ellos, sólo unos tres meses, aunque la señora estaba muy encariñada conmigo y no quería que me saliera. Vivían demasiado lejos de la ciudad y me sentía muy triste allá, aunque cada ocho días me traían a mi apartamento. Así fue como comencé aquí en Montreal.

Cuando el jefe me hablaba, sólo le decía: “¡Oui! ¡Oui!”

Luego me fui a trabajar a una manufactura de ropa, pero resultó demasiado duro. Allí estaba un hombre remarcándole a uno todo, todo lo que uno hacía, como si uno fuera un robot. Y lo más duro para mí era que nadie hablaba español. ¡Eso sí fue duro! Me hablaban en francés, pero yo no entendía absolutamente nada. Cuando el jefe me hablaba, sólo le decía: “¡Oui! ¡Oui!”. No tenía idea de lo que me estaba diciendo pero para que no se enterara de que no hablaba francés le decía: “¡Oui!”. Un día, me dijo: “*Martha, je suis sûr que si je vous disais que je vais vous couper la tête, vous me diriez encore oui*”, y nos reímos mucho aunque yo no había captado todo. Un día no tuve otro remedio que decirle que no sabía hablar francés y le supliqué que me diera la oportunidad de seguir trabajando porque quería traer a mi familia. Le conté que había dejado a una niña muy pequeña y que tenía un gran deseo de que mi familia viniera muy pronto. Él, en un principio, se portaba muy mal conmigo, vigilando todo y apremiándome siempre. Pero después de esa conversación fue muy diferente; cambió de actitud y hasta me puso en otro lugar, donde me fatigaba menos.

Esos fueron mis comienzos. Trabajé como un año en esa fábrica. Después se terminó el trabajo y me mandaron al *chômage*. Luego encontré otro trabajo, con una familia, unos señores muy buenos, que fueron como mi familia aquí, en Canadá. Cuando más lo necesité, recibí de ellos mucho apoyo, mucho amor. Eso me ayudó a poder esperar a mi familia. Les agradezco mucho lo que hicieron por mí.

Cuando empecé a trabajar en esa casa, todavía no tenía mis papeles de inmigrante, pero surgió algo inesperado. A los dos meses de estar allí, cayó una amnistía para Guatemala, que me ayudó para conseguir mis papeles, sin que me hicieran la entrevista en inmigración. Sólo me llamaron una vez para confirmar algo, pero no me hicieron ninguna pregunta. Hasta me dijeron que me iban a dar los formularios para que se los mandara a mi familia. ¡Fue un gran alivio no tener

la necesidad de mentir!

Lo primerito que hizo la señora de la casa fue llevarme a hacer la aplicación para mi familia. Eso me dio fuerza para trabajar con amor y confianza durante unos tres años, hasta que les llegaron los papeles a mi familia y poco después los pude traer. Al principio trabajaba de nueve a cinco, de lunes a viernes. Cuando ya los niños habían crecido y no me necesitaban tanto en la casa, decidí trabajar sólo dos días a la semana, de nueve a dos de la tarde. Así podía ocuparme más de lo mío. Seguí trabajando en esa casa durante dieciocho años y me retiré hace un año porque me sentía demasiado cansada con mi diabetes y, bueno, la edad... Pero sigo en contacto con esa familia porque a los niños los vi crecer y siempre me interesa saber de ellos. A sus padres también les deseo lo mejor porque fueron muy buenos conmigo.

Por eso digo que hay que luchar en esta vida...

Doy gracias a Dios porque todo me ha ido muy bien desde que estoy aquí. Estimo que soy una mujer feliz ya que todas las dificultades por las que hemos pasado están atrás. Si alguien está en esa condición en la que estuve, le aconsejo que luche con amor y tenga fe y paciencia porque el que lucha, alcanza. De haberme desesperado, no hubiera obtenido mis papeles y me hubiera regresado. Mi pobre amiga Sofía se regresó porque su esposo no la dejaba vivir, diciéndole todo el tiempo que se regresara. Entonces se desesperó y se marchó justo cuando le iban a entregar los papeles. La pobrecita no supo luchar. Por eso digo que hay que luchar en esta vida para poder obtener lo que uno desea. ¡Gracias a Dios supe esperar! Ahora veo a mis seis nietos que estudian, a mis hijas con sus pequeñas empresas y estoy muy feliz con eso. Me siento contenta y puedo decir que es bueno sufrir para lograr algo. Así como yo lo logré, también pueden lograrlo aquellas personas que actualmente están luchando.

Salí de Guatemala por la situación bastante difícil que se vivía. Había muchos problemas políticos y donde vivíamos no había seguridad. Daba pena salir a la calle porque había muchos asaltos. Yo pensaba todo el tiempo: “¡Ay! Con tal de que no les pase nada a mis hijos”. Además, la vida se había puesto demasiado cara. El sueldo de mi esposo no alcanzaba, me veía bastante apretada con mis cuatro hijos y me preguntaba qué porvenir tenían en ese país.

Nací en un pueblo que se llama Quesada. Pero

cuando tenía unos dieciocho años me fui a la capital, porque mi papá tenía familia allá. Allá conocí a mi esposo y me casé. No estudié mucho. Apenas llegué al tercer grado de la primaria. En la capital trabajaba en una fábrica de vestidos. Una señora me enseñó a hacer trabajos de costura y trabajé en eso bastante tiempo. Estando en la fábrica conocí a mi esposo. Estuvimos dos años de novios. Cuando nos casamos no teníamos nada... Sólo tenía mis poquitas cosas porque vivía en un apartamento muy pequeño. Después de casarnos, alquilamos nuestro apartamento y comenzamos la lucha de la vida. Comenzamos con poquito; con un sartén, una ollita, lo más indispensable.

Mi deseo era poner un negocio

Le agradezco a Dios haberme dado suficiente inteligencia para financiar mi dinero. No ganábamos mucho, pero a mí siempre me ha gustado trabajar para tener dinero. Así que, no conforme con lo que ganábamos, al poco tiempo de estar casados, me brotó la idea de pedirle permiso a mi esposo para irme a los Estados Unidos. Mi deseo era poner un negocio en la capital. Pero Óscar no quería irse conmigo. “Está bien –me dijo– si tú quieres, pero solamente un año, no más”. Comencé entonces a arreglar papeles para obtener una visa de turista. En ese tiempo no era tan difícil como ahora conseguirla. No le pedían a uno tantas cosas. Me fui a Los Ángeles; encontré fácilmente un trabajo en una casa a pesar de mi situación ilegal y me quedé un año ahorrando cuanto pude. Al cumplir el año me regresé tal como le había prometido a mi esposo. Al llegar a Ciudad Guatemala, puse mi dinero a plazos, para que ganara interés.

Apenas había regresado, cuando me embarqué de la primera niña, Roxana; después, de la segunda, Lorena y, luego, de Otoniel, el varón. Yénifer vino más tarde. Cuando ya teníamos los tres niños, le dije a mi esposo: “Ya no puedo ir a trabajar. Ahora, es tiempo de poner un negocio”. Mientras tanto, mi dinero había fructificado bastante. Abrimos un negocio; una tienda surtida de todo, nos iba muy bien. Hasta cola hacía la gente para comprarme. A mí me gustaba ser muy legal, en todo. Aunque a mí no todos me daban cabal, yo daba cabal. Así me hice mucha clientela, mi negocio fue creciendo y hasta teníamos un poquito de ganancias. Tuvimos ese negocio varios años, pero al final me cansé, porque era demasiado esclavizado. Además, Roxana, mi brazo derecho, la hija que me atendía en la tienda, ya había crecido y se había casado. Entonces le dije a mi esposo: “Creo que vamos a finalizar con este negocio”. Fue cuando resulté

encinta de la última niña y estuve nueve meses postrada en cama, porque el doctor me dijo que necesitaba mucho reposo y que, si no, perdería al bebé. Así fue como terminamos con ese negocio. Con el dinero de la venta de la tienda pudimos comprarnos una casa. Poco tiempo después, empezó a germinar la idea de venirme para acá.

¡Ay, mi hija! Se me hace que vas a tener una relación especial con Dios

Cuando era pequeña, mis padres me llevaban a la iglesia evangélica. Allí comencé a escuchar la palabra de Dios, desde muy pequeñita. Al principio, mis padres eran católicos pero, como muchas personas en Guatemala, se volvieron evangélicos. Yo, como muchos niños, no tenía ninguna inclinación por cosas de religión. Cuando se hicieron evangélicos, mis papás me llevaron a la iglesia evangélica y mi atracción por esa religión fue instantánea. Tuve experiencia a los siete años cuando oí la predicación de la venida de Jesús a la Tierra y de que tomaría su Iglesia siete años antes del fin del mundo. El hermano daba muchos detalles que concordaban con la palabra, cosa que se me quedó grabada en la mente. Un día mi mamá se fue a lavar al río y yo me quedé en casa. Mis hermanos eran todavía muy pequeños. Decidí salir al patio de la casa y me puse a hablar con Dios. Comencé a decirle que quería que él me tomara como su sierva. ¡Y tenía yo sólo siete años! Le pedía que no permitiera que me fuera a contaminar con el mundo, en el pecado, porque de eso se hablaba en la predicación que escuché. Decía que había que apartarnos del pecado. De repente, sentí algo caliente sobre mi cuerpo, algo bien sobrenatural, como un fluir fuerte dentro de mí, y su voz me decía: “No temas, te voy a librar de todo eso. No temas, vas a ser mi sierva”. Al oír eso, me puse a llorar. Pero no lloraba de tristeza sino porque sentía una alegría muy grande en mi corazón. Esa fue mi primera experiencia, una experiencia muy linda. Cuando llegó mi mamá me encontró llorando y me preguntó: “¿Qué te pasa?”. Le comencé a contar lo que había pasado después de haber escuchado al hermano predicar en la noche anterior, en la iglesia evangélica.

En el pueblo había dos iglesias, la católica y la evangélica. De niña pude presenciar cómo los católicos apedreaban a los hermanos de la iglesia evangélica. Llegaban y los apedreaban. Una vez vi que le abrieron la cabeza a un hermano y le

salían chorros de sangre. La iglesia católica estaba casi enfrente de la iglesia evangélica y lo que hacía el sacerdote era mandar a apedrear a los hermanos porque para los católicos no debía haber otra iglesia. Yo pensaba: ¿por qué hacen eso los católicos, si los evangélicos sólo quieren alabar a Dios? Un día le pregunté a mi papá y él me dijo: “Hija, lo que pasa es la ignorancia, ellos no han escudriñado las escrituras. Ellos dicen ‘soy católico’ pero si les preguntas qué quiere decir católico ni te saben decir. ¡Pobrecitos! Hay que perdonarlos, hija, porque lo hacen por ignorancia y no saben lo que están haciendo”. Eso me decía mi papá. Nunca me sembró rencor hacia ellos. Hasta el día de hoy este concepto es el mío. Entonces le conté a mi mamá lo que me había sucedido, mientras se había ido a lavar la ropa, y ella me dijo: “¡Ay, mi hija! Se me hace que vas a tener una relación especial con Dios. Ojalá lo que acabas de sentir nunca se salga de tu corazón, eso es lo mejor. Y el que trae la vocación para eso, lo puede hacer. Tú eres bienaventurada”. Luego seguí yendo a la iglesia, pero al ser una señorita me olvidé de Dios hasta muchos años después.

Ese espíritu divino se apoderó de mí

Si hago tanta mención de Dios es porque, treinta años después de esa experiencia, volví a encontrarme con Él. Fue a través del sufrimiento, ya que mi esposo había caído en el alcoholismo. Para mí era algo terrible, sentía que se estaba destruyendo y no sabía cómo ayudarlo, creía que no podía hacer nada por él y que muy pronto me quedaría viuda.

Un día le pregunté a mi esposo, que andaba más engomado que nunca, si quería acompañarnos con los niños a un parque que se llama “La Aurora”, en Guatemala. Me habían regalado una Biblia viejita y ese día me dio por llevármela. Recuerdo que mis hijas jugaban y que mi esposo se había acostado a un lado mío, mientras yo leía el libro. Apenas había emprendido mi lectura, cuando sentí que algo brotaba de mí, algo extraordinario. Sentí en mi corazón algo que nunca había experimentado, una fuerza que se apoderaba de mí y comencé a llorar. De mi boca empezaron a salir palabras que nunca había pronunciado, de alabanza y de adoración para Él. Estuve en éxtasis durante una hora. Mientras vivía esa experiencia, le decía a Dios que le entregaba mi vida, mi corazón, que mientras estuviera en esta tierra iba a ser solamente para Él.

Antes que eso sucediera, yo era una mujer muy

atormentada, muy afligida, que decía: “Señor, ¿qué voy a hacer sola con mis niños?”. Después de esa experiencia todo cambió en mi vida. Ya no fui la misma mujer. Fui otra. Mi modo de pensar ya no era el mismo. Mi modo de actuar ya no era el mismo. Cambié totalmente. Ese espíritu divino se apoderó de mí. Allí mismo el Señor me dio los dones que tengo ahora. Cuando eso ocurrió, le pedí a Dios que hiciera un milagro en mi esposo, porque estaba grave e iba a morir. Fue el primer milagro que yo recibí y mi esposo se curó totalmente. Desde ese tiempo, hace más de treinta y cinco años, jamás se llevó una cerveza a la boca. Fue un milagro total. Pude ver la mano de Dios en la vida de mi esposo y en la mía, y seguí teniendo grandes experiencias en mi propio cuerpo.

Oraba por un perro, sanaba; oraba por una gallina, sanaba

Después de esa experiencia, le pedí a Dios por las personas enfermas, que las sanara. Me iba a los hospitales a orar, a pedirle a Dios por todos los enfermos. Unos sanaban, otros no, porque es conforme a la fe de cada uno. Yo veía que aquello crecía: Oraba por un perro, sanaba; oraba por una gallina, sanaba. Por quien le pedía, sanaba. Así fui experimentando.

Personalmente, experimenté otro milagro sobre el cuerpo de mi hijo, Otoniel. Cuando nació este niño estaba bien de su vista, muy bien. Era un bebé sano cuando lo saqué del hospital. Pero, al día siguiente, el niño amaneció con una terrible infección en sus ojos que se habían hinchado como dos vejigas. No se veían sus ojos, sólo se le veían dos vejigas llenas de pus. Me asusté tanto cuando lo vi así, que se me olvidó que Dios había puesto algo grande en mí. Se me olvidó, totalmente. Agarré al niño, lo envolví y me fui corriendo al hospital para que lo viera el pediatra. También él se asustó al verlo y me dijo: “¿Qué pasó? El niño estaba muy bien cuando se fue de aquí, ¿qué pasó?”. “No sé, doctor, el niño amaneció así”. “¡Qué raro está esto! Y, ¿sabe qué, señora? El niño es demasiado pequeño para darle la clase de antibióticos adecuados”. Entonces, me dijo: “Bueno, vamos a comenzar con estos antibióticos. No son tan fuertes como los que él necesita, pero vamos a ver el resultado”. Me entregó una gran bolsa de antibióticos, sólo antibióticos. Estoy segura de que si le hubiera dado esos antibióticos no hubiera vivido.

Regresé a mi casa y fui a acostar al niño en su cuna. Mientras lo estaba acostando, escuché una

vocecita, la misma vocecita que me llega siempre, que me dijo: “Te has olvidado que tienes un Dios de poder. Corriste para el médico en vez de dirigirte a mí”. “Perdóname, Señor, me olvidé, pero ahorita, Señor, lo voy a hacer”, le contesté. Fui donde estaba el niño y comencé a dirigirme a Él, agradeciéndole por la sanidad de mi hijo, aunque todavía miraba a mi hijo muy mal. Le daba las gracias por la sanidad de mi hijo. Estuve un tiempo a la par de Él, pidiéndole con toda mi alma y me sentía feliz por sentir aquel poder dentro de mí. Terminé mi oración y me fui a la cocina a preparar la comida y limpiarla olvidándome del niño. De repente, tuvo hambre y empezó a llorar. Le preparé su «pacha», o sea su biberón, y lo fui a ver. ¡Cuál fue mi sorpresa al ver al niño bueno y sano! ¡Ya no tenía esa horrible infección, sus ojos estaban totalmente limpios!

Hasta el día de hoy –mi hijo tiene treinta y dos años–, jamás ha padecido de su vista. Y ni le di aquel montón de antibióticos, más bien los tiré a la basura. Ésa ha sido una de mis grandes experiencias, aparte de la que tuve con mi esposo. Dos experiencias maravillosas, grandes. Por eso, vivo siempre agarrada del Señor. Agarrada de la mano de Él, porque cuando uno tiene fe, Dios ayuda.

Esas experiencias siguieron, allá, en Guatemala. La gente empezó a enterarse, porque me congregaba en una iglesia y se daban cuenta de que cuando yo oraba por alguna persona, a veces sanaba, otras veces, no. Cuando había demasiada incredulidad en su corazón no sanaban. Pero los más, sí recibían.

Dios me ha recompensado grandemente porque ve el corazón de cada uno

Como no aguanto ver sufrir a nadie, quisiera poder tener los medios para ayudar. Una vez, en Guatemala, vino a verme un hombre, a mi casa. Según me contó iba a perder su casa porque no tenía los recursos para pagarla y me dijo: “No sé por qué pero he pensado mucho en usted. La he visto, la he observado y sé que usted es una buena persona”. A veces él llegaba y me decía que no había amanecido pan para su hijos y que si yo le podía dar después me lo pagaría. Efectivamente, solía pagarme, pero, esta vez, llegó y me dijo: “Mire, doña Martha, a mí me está pasando algo. Me van a quitar la casa porque me atrasé demasiado en los pagos. Mire, aquí está el informe diciendo que tengo que desocupar la casa. ¿Qué haría usted con sus niños si estuviera en esta situación y que de un día para otro la boten a la calle? ¿Qué haría usted?”. Me quedé

callada, hasta que le dije: “Bueno, esa situación es dura. Si estuviera en su lugar, pues, ¡qué difícil sería!”. Entonces, me dijo: “Mire, voy a ser directo. Vengo a ver si usted me prestaría un dinero para poner mi casa al día, para que no me la quiten”. Luego, añadió: “Voy a conseguir un trabajo –porque no tenía trabajo– y pagaré hasta el último dinero que le debo”.

Como de dinero se trataba, y que no sólo yo dispongo, le contesté: “Mire, por el momento, no le puedo decir nada, porque no me mando sola. Tengo que hablar con mi esposo y sé que va a ser difícil que él quiera”. Pero, él me dijo: “Por favor, háblele cuanto antes”. Entonces: “Sí, está bien, le voy a hablar y si él quiere, pues veremos qué hacemos por usted”. “Está bien”, me dijo. Cuando llegó del trabajo mi esposo, le di de comer, lo dejé descansar un rato y después le conté lo del señor. Mi esposo se enojó mucho, diciéndome: “No vayas a comenzar ya. Te conozco, sé quién eres, seguro que te conmovió su historia y ahora te quedas con problemas, afligida por el problema de él”. Entonces, le dije: “Es que no puedo dejar de pensar que si estuviera en su situación, sin nadie que me tienda la mano, ¿qué sería de mí?”. “¡Aaaah! –me dijo–, bien sé que lo que quieres es prestarle el dinero. ¡Bueno! Si quieres dárselo, dáselo. Pero te voy a decir una cosa: tu dinero no lo vas a volver a ver”. “Tal vez no, pero a lo mejor él trabaja y me paga”, le dije yo. “No creo, pero tu dinero es más tuyo que mío porque eres tú la que lo haces producir”.

Ya no sabía qué hacer y pensé: “Dios mío, ¿qué hago, Padre? ¿qué hago?”. Sin pensar más me fui, saqué el dinero del banco y mandé a que viniera este señor. Él me preguntó: “¿Qué le dijo su esposo?”. Y yo: “No, él no quiere. No quiere, primeramente, porque dice que usted no me va a devolver este dinero. Usted sabe que el dinero cuesta. Yo sí le quiero hacer este favor porque me pongo en su lugar. Pero si usted no piensa devolverme este dinero, le advierto que le puede ir muy mal”. “No –me dijo– le prometo con todo mi corazón que ese dinero se lo devuelvo”. “Entonces vamos a ver a un abogado y usted va a firmar un papel sellado donde se compromete a pagarme. Además, usted va a pagar el abogado y no yo”, le dije. “Sí –me dice– está bien, magnífico”. Fuimos e hicimos el papel. Así pudo recuperar su casa y andaba bien.

Pasó un año, pero ni siquiera me pagaba los intereses. Pasaron dos años y nada. Pasaron otros años y decidí ir a su casa porque necesitaba dinero para ir al sanatorio, ya que andaba mal de mi último embarazo. Él me abrió la puerta y me miró con cara enojada y le dije: “Vengo a

recordarle la deuda que usted tiene conmigo. ¿Se acuerda?”. “Ah, sí –me dijo–. La recuerdo”. “Ahora soy yo la que tengo mucha necesidad –le dije–. Y así como yo me compadecí de usted, quiero que usted también se compadezca de mí y me pague este dinero”. Me contestó: “¿Y de dónde quiere que le pague? Ahora no tengo trabajo y cuando trabajo apenas si me alcanza para darles de comer a mis niños. ¿Cómo le voy a pagar a usted? Así que déjeme en paz, no me venga a molestar más”. Y me tiró la puerta en la cara, lastimándome una mano. Salí de allí llorando y cuando llegué a casa me dijo mi esposo: “¿Viste que te lo dije? Y ahora está bien, nunca te lo va a pagar. Mejor no te vayas a meter porque quién sabe lo que te puede hacer este hombre... y no sé lo que le haría a él si te viene a tocar. Me conoces. Así que no te metas con él”, me dijo.

Al hombre lo veía que pasaba cerca de la casa, que iba, que venía y nunca me hablaba del dinero. Un día me acerqué a él y le dije: “Mire, acuérdesse de que tengo un papel firmado ante el abogado. Si quiero, su casa es mía”. Apenas le había dicho eso que me puse a pensar: “¿Y qué voy a lograr si le quito la casa y se quedan sus niños en la calle? Nada. Mejor que se quede con la casa y con todo; a mí Dios me va a dar más”. Así que no le hice ningún daño al hombre. Las cosas quedaron así. Pero, efectivamente, Dios me ha recompensado grandemente, porque ve el corazón de cada uno.

Durante algún tiempo trabajé en una compañía llamada El tirador, que vende aparatos eléctricos. Iba a las casas de la gente a venderles, cuando supe de un joven que tenía un serio problema. Había tenido un accidente y había quedado totalmente paralizado. En realidad, cuando tuvo el accidente, fue al hospital y salió sano, pero, con los años, el pobre muchacho no podía mover su canilla y estaba paralizado. Entré en esa casa de casualidad. Sólo venía a ofrecerles los aparatos que vendíamos. Me dijo la señora: “¡Ay! No, no puedo ahora, mi hijo, que es el que me ayuda, está postrado en la cama. No sé qué hacer con él”. “Ah, ¿sí? le contesté y, ¿dónde está su hijo?”. Me llevó al cuarto donde estaba su hijo: “Aquí está”. Me acerqué y le dije: “¿Qué te pasa?”. “Estoy muy mal. Tuve un accidente. Me dijeron que no era grave, pero ahora siento un gran dolor y llevo días sin poder pararme”. “Mira, le dije, conozco un Dios de poder que te puede sanar. Si tú tienes fe, puedo hacer algo con la ayuda de Él. Si te parece bien, voy a venir todos los días a orar por ti. No sé en qué momento Él te va a ayudar, pero lo va a hacer”. Y Sebastián, que así se

llamaba, me dijo: “Yo aquí la espero”.

Para mí, fueron los ángeles de Dios que llegaron

Entonces, cada día, después del mediodía, me apuraba a hacer mi oficio y agarraba el autobús para ir lejísimos de donde yo vivía, a rezar por Sebastián. Rogaba por él con toda mi alma.

Haría quizás una semana, o tal vez menos, cuando al regresar a mi casa, encuentro a mis niños bien contentos. A ellos les estaba prohibido abrirle la puerta a cualquiera. Y me dicen: “Mami, vinieron tres hermanos”. “¿Ah sí? Les dije. “Y eso, ¿qué hermanos?”. “No los conocemos. Nos pidieron que les abriéramos la puerta porque ellos eran gente de paz y sólo querían entrar y platicar con nosotros. ¡Ay, mami! sentimos una cosa rara y decidimos abrirles la puerta y entraron. Se sentaron y nos hablaron de muchas cosas. Luego nos preguntaron por usted. Les dijimos que usted andaba orando por un enfermo. Entonces nos dijeron: ‘Bueno, ya nos estuvimos bastante. Ahora nos vamos. Pero antes vamos a dejarles esto’”. Hicieron tres cheques, uno para Roxana, uno para Lorena y otro para Otoniel y se los entregaron. Cuando llegué, me encontré con esa sorpresa. Les dije: “Pero, ¿quiénes eran?”. “No sabemos, mami. No sabemos, pero eran buenas personas”. “¡Ay! No, diosito –dije yo–, podían haber sido de esas gentes malas...”. “No, mami, nosotros sentimos una seguridad de que esa gente era buena”. ¡Dios mío! Veo los cheques y digo: “Voy a cambiar esos cheques al banco del Occidente, a ver qué tal”. Y me los cambiaron.

Al llegar mi esposo, le cuento lo ocurrido: “¿Cómo! –me dice– y ¿quiénes eran?”. “No sé. Eso es lo extraño, pero no sabemos”. Me dijo mi esposo: “¿No te da el corazón que son ángeles de Dios que han venido?”. “Pues, eso mismo digo yo, porque, ¿quiénes si no? Los niños no suelen abrirle la puerta a nadie. Y dicen que ellos sintieron confirmación de que podían abrir la puerta”.

Después de varios días de ir a la casa del muchacho enfermo tuve que constatar que no pasaba nada. Hasta su madre me decía: “Mire, mi hijo cada día está peor”. Entonces, yo le decía: “Tengo fe que su hijo va a sanar. No se desespere, que el momento va a llegar”. Unos días después llego y me recibe la mamá muy contenta. “¡Eh!”, dije. “Algo hizo el Señor. ¿Qué pasó, que la veo con otra cara? Antes casi ya no me quería abrir la puerta”. “¡Mire! –me dijo–. Venga”. Y me llevó al cuarto de su hijo. Allí estaba la cama del muchacho, bien estiradita,

bien hecha y yo: “¿Dónde está Sebastián?”. “De la noche a la mañana se levantó. Y hoy está en su trabajo”, me dijo. Me arrodillé y le di gracias al Señor. “Arrodílese, señora, y dele gracias a Dios porque sólo Él pudo manifestarse”. Ella se arrodilló y me dijo: “¿A qué iglesia va usted?”. Le di la dirección y el nombre de la iglesia donde yo iba. Entonces le dije: “Si usted siente, pues, vaya, y si no, por aquí hay otra cerca que le queda mejor. Lo importante es que usted busque a Dios”. Ese día yo iba tan contenta, tan feliz, porque era otro milagro que me tocaba presenciar.

Cuando regreso a mi casa, otra vez la misma sorpresa: los niños abrieron la puerta a unos señores, que no sólo les dieron un cheque a cada uno, sino que esa vez también les regalaron una Biblia ilustrada, que hasta el día de hoy conserva mi hija Lorena. Mis hijos me contaron que se habían sentado y que no querían que ellos se fueran, porque sentían algo muy lindo en su corazón. Cada cheque era de trescientos quetzales. En ese tiempo, era bastante plata. ¿Cuándo nosotros nos ganamos trescientos quetzales en un día? ¡Nunca! Y otra vez yo les pregunto a mis hijos: “¿Quiénes eran?”. “No sabemos. No sabemos”, decían. Para mí, fueron los ángeles de Dios que llegaron, porque Dios se agrada cuando nosotros hacemos algo para la obra de Él. Esa fue mi recompensa. Hasta el día de hoy, a mis hijos no se les olvida esa historia. Fue una historia verdaderamente muy linda y conmovedora.

Tuve otra experiencia cuando di a luz a Yénifer, la última de mis hijos. Me llevaron al hospital a las cuatro de la mañana. Ya iba con señas y todo y pensaba que iba a dar a luz inmediatamente. Pero no fue así. Me tuvieron todo un día con dolores muy fuertes sin hacer nada por mí, sólo de vez en cuando me venía a ver el doctor. Tenía el estómago muy inflamado, como si fuera a reventar, sentía que me moría. Le decía al doctor: “Ya no aguanto, por favor, haga algo por mí”. A las tres de la tarde, se me pararon los dolores y me quedé como si nada. Le dije al doctor: “Ya no tengo dolores, ya no siento nada. ¿Qué va a hacer conmigo?”. No me contestaba, sólo se daba la vuelta y se iba. A las seis de la tarde, hubo cambio de doctores. Llegó un doctorcito muy joyen a verme y me preguntó desde qué hora estaba. “Vine a las cuatro de la mañana porque tenía dolores cada dos minutos. De las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde, catorce horas y todavía no hicieron nada por mí”. “¡Ay! ¿Y esto?”, me dijo. “No sé qué está pasando”, le contesté. Entonces se fue a ver a un

doctor y le dijo: “¿Qué pasó? ¿Por qué la tienen así? ¿No ve que la criatura ya está corriendo peligro de morirse?”. Oí que el otro le contestaba: “Ah! No. No le quería hacer cesárea porque sus otros hijos nacieron normalmente”. Pero ese doctor no tomó en cuenta que durante los nueve meses no había hecho ningún ejercicio. Al ver la situación, el doctorcito joven les dijo a las enfermeras: “Prepárenme inmediatamente a la señora porque le vamos a hacer la cesárea, la criatura está corriendo peligro”. Había otro caso igual que el mío, pero el bebé de la señora murió. Gracias a Dios, la niña mía vivió. Pesaba siete libras y media. Lo más curioso, es que me hicieron una cesárea tan pequeña que cuando fui para que me quitaran los puntos, la enfermera se asustó y me dijo: “¿Y quién le hizo esta cesárea?”. “El doctor que me atendió”, dije yo. “Pero, ¿cómo se llama?”. “Yo no sé cómo se llama. Y, ¿por qué?”, le dije. “No. Es que aquí hay algo raro”, me dijo. “Y, ¿por qué?”, le insistí. “¿Cuántas libras pesó su niña?”. “Siete libras y media”. “¿Y usted tiene una cicatriz de ese tamaño? ¿Cómo cree que pudo salir una niña de siete libras y media por una abertura tan pequeña?”. “Yo no sé”, le contesté. “Esto sí que es misterioso”, me dijo. Yo dije: “¡Dios mío! Y entonces, ¿quién me hizo la cesárea?”. Pero ahora me dicen que la cesárea... ellos no se explicaban por qué esa cesárea estaba tan chiquita ni cómo hizo ese doctor para sacarme la niña.

Esta historia se la conté más tarde a mi niña Yénifer y ella dijo: “Mami, ¿y qué pasó allí?”. Parece que una fuerza contraria estaba luchando para que me muriera y la niña también. Veo que salí victoriosa de esta batalla: el doctorcito llegó y ordenó la cesárea. El anestesista era un hombre muy dulce, me hablaba cosas muy dulces. Me sentía como una niña cuando la están acariciando porque acababa de pasar un mal rato sufriendo grandes dolores durante muchas horas. Como que alguien quería aliviarme de lo que acababa de vivir. Ahora, lo único que puedo decir es que me ayudó el de arriba. ¿En quién si no puedo pensar? Él estuvo conmigo en ese momento.

Veo una gran diferencia entre el catolicismo y el evangelismo

Veo una gran diferencia entre el catolicismo y el evangelismo. En el evangelio se llega a conocer más a fondo quién es Dios; el católico sólo tiene una noción de las cosas de Dios, como por ejemplo en la Virgen María, en San Pedro, etc., mientras que nosotros eso lo evadimos totalmente, tomamos las cosas tal como están en

la palabra de Dios. Nosotros, a la Virgen María la amamos porque es la madre de Jesús, es nuestra hermana, pero no nos dirigimos a ella, porque no tiene ningún poder para salvarnos. También ella espera la resurrección, el día cuando Cristo venga a recoger su Iglesia y todos los que murieron en Cristo resuciten. Los muertos van a resucitar. Y los que estamos en carne, nos va a tomar, así, como un arrebató. La virgen María no puede salvar a nadie, porque aún está esperando la venida de su hijo. Ésa es la gran confusión que hay en el catolicismo, que no escudriña las escrituras. Los católicos están en tinieblas, no han visto la luz. Están vendados. Su ceguera hace toda la diferencia entre el catolicismo y el evangelismo. En el evangelismo, uno viene a conocer a fondo las cosas de Dios y quién es Dios. Es un Dios real. Y nos ofrece experiencias cuando nuestra vida está totalmente enfocada hacia Él. Es lo que he vivido en mi propia carne.

No todos los evangélicos están metidos a fondo en las cosas divinas. Algunos tienen muy por encima el evangelio. No se interesan en escudriñar. La palabra de Dios dice que cuanto más escudriñamos acerca de Él, más nos da, porque Él es como un río sin fin. Cuando queremos saber de Dios, debemos excavar; es decir, buscar. ¿Cómo se busca a Dios? Se le busca en espíritu. Solamente así se le encuentra. ¿Cómo se aprende a buscarlo? Solamente cuando leemos a fondo la palabra de Dios. Mucha gente sabe que necesita la ayuda de Dios pero hay tanta confusión en las religiones que la gente se extravía. ¿De qué nos sirve pasarnos la vida en religión? No nos sirve de nada porque, al final, vamos a perecer junto con las religiones. Nosotros queremos salvarnos, salvar nuestra alma; por eso es importante saber la verdad. Hay personas que no tienen una visión clara. No nos dejemos engañar. Muchos falsos vienen diciendo cosas y la gente, por no escudriñar la palabra, cae en cualquier trampa de esas personas. Por eso, recomendamos que se metan en la palabra, para saber a qué atenernos. A Dios le gusta que seamos gente de paz, gente comprensiva, que comprendamos el dolor del otro. Eso es el evangelismo. Mientras que el catolicismo se conforma con ir a rezar su rosario y nada más.

Mi infancia en Jutiapa

Cuando era pequeña, mis padres vivían en un pueblo que se llama Quesada. Queda en Oriente, por la carretera que va para El Salvador.

Mi padre se compró la finca donde vivieron hasta el día de su muerte. Éramos cinco hijos y allí nos

criamos. A mi padre le gustaba trabajar mucho. Tenía un terreno muy grande y sembraba arroz, frijol y maíz. Varias personas trabajaban con él. En medio de esos grandes terrenos estaba la casa. Allí teníamos mucha libertad para jugar. Había mucha fruta, muchos jocotes. Ni habíamos desayunado que ya estábamos prendidos de los jocotes, de las anonas, de todo. ¡Ah! ¡Esa vida cuando éramos pequeños era una vida muy linda! ¡Y con un aire tan limpio!

Mis abuelos vivían en otra aldea, en Salitrillo, más o menos a cinco horas a caballo de nuestro pueblo. Cuando mi padre compró su terreno, nos alejamos de mi abuela. Cuando ella decidía visitarnos –como allá no había teléfono y no nos podía avisar y decirnos: “Voy a llegar, prepárense”–, nosotros nos enterábamos cuando ya estaba en el patio. Llegaba a caballo, con mi abuelo y mis primos, porque ella crió a dos nietos huérfanos de la mamá. Ni tiempo nos daba de avisar a mi madre, en el patio ellos gritaban: “¡Ya llegamos!”. Nosotros salíamos a verlos y nos daba mucha alegría porque nos gustaba jugar con nuestros primos. A mi abuela la bajaba mi padre del caballo, le quitaba el galápago, se llevaba el caballo, le daba de comer y le ponía agua. Como teníamos muchas gallinas, mi madre comenzaba a correrlas para matar una o dos porque habían venido los abuelos. Mientras mi madre estaba en la cocina y los hombres estaban platicando, nosotros por allá jugando con los primos. Eran momentos muy bonitos. Más aún cuando estaba lista la comida e íbamos todos a sentarnos en torno a aquella gran mesa.

Ésa era la vida mía cuando era una niña. Me gustaba mucho ver a mi padre cuando sacaba aquellas cantidades de arroz. Me gustaba regalarle a la gente, pero a escondidas de él, porque no le gustaba que hiciéramos eso. Pero a veces, cuando mis padres salían y la gente sabía que estábamos solos, llegaban a pedirme que les vendiera algo, porque ellos tenían necesidad. Entonces iba donde estaban los graneros, los destapaba y llenaba los cuencos que me daba la gente. Me querían dar dinero, pero yo decía: “¿Pa'qué quiero yo dinero?”. No necesitaba comprar nada, todo lo tenía. Les daba arroz, les daba frijol, les daba maíz. Mi madre siempre acostumbraba tener pan, un pan especial que ella hacía. Eran de cuatro clases y los guardaba en una artesa, arriba, para que nadie los tocara. Pero, como yo era bastante traviesa, solía poner una escalera y allí me subía para robar pan y regalarle a la gente. También iba a sacar huevos porque teníamos muchas gallinas y le regalaba a la gente. A mí me gustaba mucho hacer eso.

Después me sentía bien. Mi padre nunca se dio cuenta de lo que yo hacía cuando él no estaba. Hasta el día de hoy, me hace bien pensar que desde niña me gustó hacer el bien.

Como en la casa pues no había agua potable, había que salir para lavar la ropa. Había un ojo de agua, como decíamos, donde caían unas cataratas de agua, y ahí en ese ojo de agua íbamos a lavar. Mi madre nos llevaba siempre cuando iba al río a lavar y, mientras lavaba, nosotros nos bañábamos y jugábamos. Pero una vez tuvimos una experiencia bastante triste. Hacía mucho calor y mi hermanito, que tenía unos cinco años, le dijo a mamá: “Mamá, quiero ir a bañarme, no aguanto este calor, me quiero bañar”. Mamá le dijo: “Espérate que voy a recoger un poco de ropa sucia para lavarla mientras ustedes se bañan”. Pero, de repente, ya estaba en el agua mi hermanito. Mientras mamá lo estaba bañando, mi hermanito dio un gran grito y su cara se torció y el pobre muchachito quedó totalmente paralizado. En ese momento, había muchas mujeres lavando y mi mamá les pidió ayuda.

Todas las señoras fueron donde estaba mi mamá y se asustaron al ver que al niño se le pasó la cara de una vez para atrás. Yo me estaba bañando cerca, sólo que me encontraba en un chorro y mi hermanito en otro. Entre todas las señoras se lo llevaron, ayudándole a mi mamá. Nosotros andábamos detrás. Cuando llegaron a la casa, acostaron al niño como pudieron y empezaron a hacerle cosas, cada quien con su remedio. Le pasaron mucha ruda por la cara, se la pusieron a oler. Le hicieron masajes de ruda por todos lados. Al fin, de tanto estar haciéndole cosas, a mi hermano le fue devolviendo un poco la cara. Pero le quedó un poco retorcida. Con el tiempo se le fue arreglando, al igual que sus piernas y sus manos, que tampoco podía mover. El doctor que lo trató era un buen doctor y con el tiempo mi hermano quedó completamente bien. Hemos vivido un momento de gran angustia. Durante bastante tiempo a mi hermano había que cargarlo porque no podía hacer nada.

Este hermano no tuvo mucha suerte en la vida. Ya grande, se casó. Quería mucho a su esposa, pero ella lo traicionó. Mi hermano la encontró con su amante. Él se volvió loco, agarró un machete y se abalanzó sobre el muchacho, a pegarle fuerte. El muchacho quedó tirado como muerto y mi hermano, al ver al muchacho, pensó que lo había matado. Su mujer, al ver que se estaban peleando, salió huyendo de la casa. Mi hermano salió detrás de ella y después se fue para no

volver nunca. Nunca más supimos de él. Hasta el día de hoy, no sé si mi hermano vive o si se mató, porque pensó que había matado al amante de su mujer. A cualquiera le pasa eso al descubrir semejante traición. Mi hermano era muy bueno. Una buena persona, pero en ese momento perdió completamente la cabeza. Lo triste es que mi madre murió y se fue con ese gran dolor. Y mi padre igual. Ésa es la historia de mi hermanito. A lo mejor está en México. No sabemos su paradero. Mi otro hermano también se casó y sigue viviendo en la finca, con otro hermano. Allí están mis hermanos, trabajando en la finca.

Cuando era niña, había muchos palos de mango y cuando pasaban las tormentas, cuando pasaban aquellos vientos que venían con agua, entonces los palos de mango se sacudían, caía aquel montón de mangos al suelo. Recuerdo que agarraba un morral y me iba, sin decirles nada a mis padres. Una vez, iba corriendo porque sabía que habían caído muchos mangos y otros niños corrían también para recoger los mangos.

Había también un árbol que nosotros llamamos “uña de gato”, pero que no tiene nada que ver con la uña de gato que hay en Perú. Iba corriendo, pasando por un zanjón que iba a cruzar, cuando la rama, con esas espinas que parecen uñas de gato, me agarró el pelo. Me quedé prendida, casi en el aire, porque iba a saltar para el otro lado. Allí me quedé mucho tiempo sin poder desprenderme de las espinas. No hallaba qué hacer y pensaba: “¿Qué voy a hacer ahora, Dios mío?”. cuando pasa un señor allá lejos y le grito: “¡Auxilio! ¡Auxilio!”. Al oír mis gritos el señor se acercó y me dijo: “¿Qué te pasa?”. Y yo: “Mire, que me quedé prendida y no puedo moverme”. “¡Ay, niña, por el amor de Dios! ¿Desde cuándo estás aquí?”, me dijo. “¡Ay! Hace ya como tres horas. Ahora sí me van a matar cuando regrese a mi casa. Me van a pegar porque ni avisé adónde iba”. “Vaya, eso te pasa por no avisar. A ver –me dijo–, voy a ver cómo hago para desprenderte”. Le costó desprenderme. Cuando regresé a la casa, mi mamá andaba bien preocupada. Había ido a preguntar por todo lado si me habían visto. Iba a ir a la policía a ver qué pasaba conmigo. Bueno, me regañaron por no haber avisado. Siempre me gustaba hacer eso.

En esa ocasión, creo que Dios me ayudó

Mi padre tenía también una huerta con muchos árboles frutales que estaba bien lejos. Me gustaba agarrar el morral y salir a traer frutas. Una vez, cuando iba a cruzar el gran corral – porque había que cruzar un corral donde había

muchos toros bravos— justo después de pasar del otro lado del cerco, me encuentro frente a un toro que se me queda viendo y se me pega detrás. Comencé a correr como loca, sólo mirando un poquito por atrás, viendo que aquel animal no me alcanzaba, cosa que no podía creer. Aquel toro enorme no me pudo alcanzar. Crucé el corral hasta llegar a otro cerco, que trepé rápido, y me caí del otro lado. El toro estaba tan enojado que rascaba la tierra, como si quisiera matarme. Después de ese gran susto, no tuve valor para regresar a la casa. Pensaba: “No regreso a la casa porque seguro que ese toro me va a estar esperando allí...”. Yo les daba muchos problemas a mis padres, era bastante tremenda.

No lejos de donde estaba, había una inmensa piedra plana arriba, como si fuera una mesa. Logré treparme a esa piedra pensando: “Me subo arriba y allí no me alcanza nadie”. Me instalé en la piedra y me quedé bien dormida. No sé a qué hora de la noche oí que me llamaban: “¡Martha, Martha!”. Me levanté y vi que era mi papá con una lámpara de gasolina. Pensé: “Si le contesto, ¡ay! Ahora sí me va a matar mi papá, no va a entender qué hago yo aquí. Pero si no le contesto, va a ser peor porque mañana será peor la tunda. Mejor le contesto”. Grité: “Sí, papi, aquí estoy”, y él: “¡Ay, muchachita! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué estás haciendo?”. ¡Ay! Papi, ¡perdóneme!”. Y le comencé a contar la historia del toro. Entonces me dijo: “Bueno, no te muevas de allí, a ver cómo hago para bajarte”. Me acercó la luz y como pude comencé a bajar hasta que él me agarró de la mano y nos fuimos. Le expliqué que por miedo al toro no había sido capaz de treparme otra vez al cerco, segura de que el animal me esperaba para matarme. Entonces me dijo: “¿Pero quién te ha dicho que puedes venir sola para acá, para la huerta?”. Para que entendiera bien, mi papá, que era bastante severo, me hincó una hora a la par de su cama, donde no podía ni moverme. Ese fue el castigo. No me pegó. En esa ocasión, creo que Dios me ayudó, porque yo no podía correr más rápido que ese toro y, sin embargo, pude llegar al cerco y treparme antes que me alcanzara.

De niña, me encantaba montar a caballo, me gustaba montarme así, en pelo, como decimos allá en Guatemala. No montaba con las piernas abiertas, sino sentada y caminaba con el caballo; a veces, le sacaba hasta el trote al caballo y nada me pasaba porque estaba acostumbrada. Pero una vez iba yo en la carretera cuando, en una vuelta, de repente, asomó un carro. Allí el caballo se me paró en dos manos y yo me caí, asustadísima, no de espalda, sino que me caí parada. Si me hubiera caído de espalda, me hubiera lastimado bastante. Creo que la señora

que iba manejando estaba más asustada que yo todavía. El caballo se me soltó y se me fue sin que pudiera agarrarlo.

Tuve también experiencias fuertes con las serpientes. Había un lugar, a la par de un potrero, donde había animales. Tenía como doce años y me gustaba juntarme a las chicas que por allá vivían; decidimos ir a buscar agua del pozo porque era muy rica, muy dulce. Nos fuimos cada cual con su cántaro cuando una de ellas pregunta: “¿Quién es la más valoruda?”. Siempre he sido una niña muy atrevida, entonces, levanté la mano rápido. “¡Ajá! —me dicen— ¿Tú eres la más valoruda?”. “Sí” contesto. “¿Y tú tienes valor de meterte del otro lado del corral que hay allí?”. El cerco era mucho más alto que el que ya me había trepado en otra ocasión y, además, era de alambre de púas. Vi que tenía como escalones, entonces les dije: “Sí, yo puedo”. “Del otro lado del cerco hay hermosas guayabas y queremos que vayas a cortar unas”, me dijeron. “Está bien —contesté—, no tengo miedo”. Subí los escalones, caí del otro lado del cerco y comencé a caminar. Al estar cerca del palo de guayabo, oí un ruido en el suelo y vi que había una tremenda serpiente. Sólo después supe que era de esas serpientes que se tragan los terneros. Cuando me metí en ese lugar no sabía nada, iba directo a cortar las guayabas. Lo que me salvó fue que la serpiente no miraba hacia mí, sino que estaba atravesada para el otro lado. Probablemente me olió, porque empezó a moverse para enfrentarme y tratar de atraparme. Me detuve paralizada y pegué un gran grito: “¡Ay, es una serpiente!”. Sentí que se me heló la sangre, pero sin embargo pude correr hacia donde pensaba que estaban mis compañeras. Habían desaparecido, no quedaba ni una, sólo mi cantarito estaba allí. Habrían pensado que el animal me había comido. Yo andaba en un solo temblor, porque estaba bien asustada. Agarré mi cántaro y regresé sola para la casa, llorando porque llevaba muchos nervios. Cuando llegué a la casa y le conté a mi mamá, ella se enojó mucho y me dijo: “Bueno, dale gracias a Dios que estás contando el cuento, porque ese animal es una anaconda y en ese corral hace tiempo que no meten vacas, desde que descubrieron que se estaba terminando los terneros”. Dicen que esa serpiente se encuevaba y sólo salía cuando ya miraba que no había nadie. Por eso los dueños sacaron el ganado de allí y el lugar quedó desolado. Entonces, me imaginé cómo estaría de hambre el animal, si no había comido su ternera y me dio escalofríos... Me hubiera tragado de una vez... Fue una tremenda experiencia, y si puedo contarla es por pura suerte.

...estoy persuadida de que el ángel de Yehova me cuidaba

Cuando era niña me quedé con la ilusión de tener una hermanita. Siempre, en mis sueños, soñaba con una hermanita y ahora, con mis años, me doy cuenta que todavía en mi mente está ese recuerdo. Cada vez que mi mamá estaba esperando, pensaba yo: “Va a ser una hermanita, va a ser una hermanita”. Pero siempre venían hermanitos.

En Guatemala, creo que en toda la América Latina, siempre el varón tiene un tratamiento especial. La mamá nunca le pide que participe en el quehacer de la casa, mientras que a la hija le echan toda la responsabilidad de la casa. Desde muy pequeña, como de siete años, ayudaba a mi madre. A las cinco de la mañana nos levantábamos. Como el río pasaba cerca, todas las mañanas, mi madre me mandaba a traer agua del río. Entonces agarraba mi tinaja y me iba al río a traer el agua. Una vez, cuando iba con la tinaja, oí que se estaba bañando alguien. Pensé que era mi madrina, una mujer que me quería mucho. Me puse alegre porque la iba a ver y solté la tinaja en el suelo, para ir a alcanzarla más pronto. En ese momento, oí la voz de mi madre que me decía: “Martha, apúrate con el agua que la necesito”. Regresé donde la tinaja, la llené de agua y me fui para la casa. Al llegar, le digo a mi madre: “Fíjate que allí se está bañando alguien y digo que debe ser mi madrina. Iba a ir a ver si era ella cuando me llamaste”. Mi madre me miró algo asustada y me dijo: “Menos mal que no fuiste, porque no era tu madrina sino la ciguanaba. Es un espíritu malo. Podía haberte trastornado la mente y no hubieras recordado nada, porque por eso lo hace. Menos mal que te llamé y no fuiste – me dijo mi mamá– porque yo supe de algunas personas que, cuando eran niños, les pasó eso y hasta el día de hoy no recobraron su mente y se quedaron como tontos. ¡Menos mal que no fuiste!”. En efecto, no podía haber sido mi madrina porque a las cinco de la mañana ella dormía. A esa hora jamás se levantaba, era joven y vivía sola. Cuando después la vi, le pregunté: “Madrina, ¿usted se levantó temprano a bañarse hoy?”. “¿Por qué?”, me dijo ella. “Porque, a las cinco de la mañana, oí que se estaba bañando justo allí por donde está su casita, y pensé que...”. “No, mi hija –me dijo–, nunca me levanto a bañarme a las cinco de la mañana. Me levanto a las siete, la hora en que me baño y empiezo a hacer mis cosas. Menos mal que no fuiste –me dijo–. Porque seguro que fue la ciguanaba”. Por eso, estoy persuadida de que el ángel de Yehova

me cuidaba. El ángel de Dios me cuidaba, porque siempre que he estado en peligro, allí estaba. La ciguanaba se mete tanto con las mujeres como con los hombres. Mi esposo también tuvo una experiencia con ella. Antes de conocerme, tenía una novia y en los pueblos no es fácil que se vean los novios. Me contó que una vez venía de platicar con sus amigos, eran como las nueve de la noche y había una luna muy clara, cuando vio que venía su novia en el camino. Se paró pensando: “¡Qué raro que a esta hora venga mi novia por acá!”. En ese momento se acordó: “¡Oh! Será la ciguanaba”. Y dice que se fue corriendo rápido para su casa. Al día siguiente le preguntó a su novia: “¿Qué andabas haciendo ayer a las nueve de la noche allí cerca del río? Acababa de pasar el río, cuando vi que venías a lo lejos, pero en eso me acordé, me dio miedo porque pensé que podía ser la ciguanaba”. “¿Cómo te pones a pensar –le dijo ella– que voy a andar a esas horas de la noche? Bien sabes que mis padres no me dejan salir ni a la tienda”. “Sí –le dijo él–, por eso fue que salí huyendo para mi casa”. La ciguanaba andaba por todos los pueblos del país. Mi esposo es de Morazán de Guatemala, no del pueblo de El Salvador, que tiene el mismo nombre; es del departamento de El Progreso. Allá toda la gente recuerda historias que han tenido con ese espíritu, la ciguanaba, como prueba de su existencia. No sé si ahora sigue existiendo, antes la gente creía más en esas cosas sobrenaturales.

Logré aprender a leer cuando vine a las enseñanzas de Jesús

Realmente había una diferencia en cómo mis padres trataban a mis hermanos y cómo me trataban a mí. Ellos siempre se iban con mi padre a hacer los trabajos, mientras me quedaba en la casa con mi madre. Eran trabajadores de la tierra y sembraban arroz, frijol, maíz, de todo. Durante el invierno aprovechaban para trabajar. A mí me tocaba ayudar a mi mamá en la limpieza de la casa y en la preparación de las tortillas. Iba yo a hacer la masa en el molino y ella hacía las tortillas. A las nueve de la mañana, ya mamá tenía todo hecho. Entonces la dejaba a ella en la casa y me iba a la escuela. Cuando venía de la escuela, mamá tenía todo listo para ir a dejar la comida a los hombres que estaban trabajando. Ella me ponía unas cosas en mi canastita para que le ayudara e íbamos a darles el almuerzo. Dejábamos las canastas debajo de un árbol. ¡Era algo tan lindo poder comer así! Nos quedábamos platicando un rato y después nosotras volvíamos a meter las cosas y regresábamos para la casa. Así era la vida de nosotros en el invierno. En el

verano, no había tanto trabajo en el campo y mamá me dejaba que fuera a jugar con mis amigas, haciendo las muñequitas de elote, del maíz, esa cosa blanca que deja. Hacíamos muñequitas, muñequitos, y al varoncito le hacíamos pantaloncitos, camisitas. Esa fue mi niñez en el campo. Nunca tuve una muñeca comprada, sino que las hacíamos nosotros.

Cuando tenía quince o dieciséis años, mis hermanos, que eran unos chamaquitos, me vigilaban mucho; no les gustaba que nadie platicara conmigo. Me peleaba con ellos y me quejaba a mi padre, diciéndole que no era justo que ellos me martirizaran. No entendía su reacción porque, a pesar de mi edad, todavía pensaba como una niña, no tenía atracción por el otro sexo y creía que la cigüeña traía a los niños... La escuela donde iba era una escuela mixta, pero sólo tenía el derecho de hablar con las amigas; con los niños, no. A los niños siempre los ponían a jugar entre ellos, porque decían que los niños eran muy pesados y, en efecto, los niños eran bien pesados con nosotras, las mujercitas. Además, decían que no era bueno que los varones estuvieran allí, mezclados con las mujeres. Así era la mentalidad de las personas antes.

A mí no me gustaba la escuela, porque pensaba: "Pobrecita mi mamá, solita trabajando en la casa", y me agarraba de esa idea para salirme de la escuela. Cuando mi papá se daba cuenta, me iba a dejar de la oreja en la escuela, porque él era muy estricto y había estudiado. Fue maestro, aunque no tuviera título, un maestro empírico. Por eso le daba mucha rabia que, siendo él un hombre que estudió, su hija mayor no estudiara. Su ilusión era que sacara mi sexto grado y después fuera a estudiar a la capital, en un internado. Pienso que ésa fue la frustración más grande de mi padre, de que yo no respondiera a sus expectativas. No me gustaba la escuela, no tenía la vocación. Fui como tres años, pero sólo recibí el primer grado, porque iba por temporaditas. Para mí era un sacrificio grande estar sentada varias horas seguidas. Parece que era una niña hiperactiva. Y hasta el día de hoy, no puedo estar mucho sentada, tengo que estar siempre en movimiento. Por eso, me costaba estudiar. Ahora sí me lamento no haber ido a la escuela y procuré que mis hijos sacaran sus grados porque es triste quedarse sin estudiar. Gracias a Dios, ellos salieron buenos para sus estudios.

Logré aprender a leer cuando vine a las enseñanzas de Jesús. Me costaba mucho, pero

hice un gran esfuerzo porque quería estudiar la Biblia, quería estudiar la palabra de Dios. Y eso lo hice sola. Cuando uno se interesa, entonces pone todo de su parte. Eso fue lo que a mí me salvó. Mi hermanos, ellos sí estudiaron, pero sólo sacaron el sexto grado, porque no querían que mi papá los mandara al internado en la capital.

"Sabes, a tu hija le va a gustar volar mucho"

Un día, tendría como dieciocho años, decidí irme a la capital pero no fue tan fácil convencer a mis padres. Mamá era una persona muy buena. Siempre pude contar con ella, para todo. Empecé a prepararla diciéndole que tenía ganas de conocer la capital. Cuando era pequeña y mamá mataba gallinas, siempre le encargaba que me diera las patitas de la gallina. No me gustaba comer otra cosa que las patitas de la gallina. Al ver eso, una señora le dijo, riéndose, a mi mamá: "Sabes, a tu hija le va a gustar volar mucho". Fue la primera cosa que pensó mi mamá cuando le anuncié que quería irme a la capital. Vivíamos a unas cinco horas en autobús de la capital. Cuando empecé a decirle a mi mamá que quería conocer Ciudad Guatemala, ella me dijo: "Niña curiosa. Ya comenzaste". En realidad, no era sólo por curiosidad que me quería ir del pueblo, sino que necesitaba superar la gran decepción que había tenido con un enamorado. El muchacho y yo nos queríamos mucho, pero él venía de una familia bastante alta y mi papá dijo que no. Su padre era finquero, cafetalero de mucha plata, y mi papá me dijo: "Cada oveja con su pareja". La decepción fue tan grande para mí que pensé que la mejor manera de olvidarme era irme del pueblo. Ya no le encontraba sentido a mi vida en ese pueblo. Finalmente, el muchacho se casó con otra y se marcharon también.

De tanto insistirle a mi mamá, acabó por hablar con mi padre, diciéndole que sólo me iría un tiempcito no más, que me iba tan sólo para conocer la capital y visitar a la familia que allá vivía. "Bueno—dijo mi papá—, está bien", y me dio permiso. Y me fui. Al principio me fui a vivir con mis primas. Estaba muy contenta. Comencé a trabajar y en esa fábrica de vestidos conocí a mi esposo. Cuando sentimos que ya nos conocíamos bien, fuimos donde mis papás. Él le cayó muy bien a mi padre.

Siento amor por el prójimo

Al principio, no me gustaba la capital, sentía muchos olores, como a gasolina, a aceites quemados. Esos olores me daban ganas de vomitar, me sentía muy mal y me dio hasta ganas de regresar a mi pueblo. La comida tampoco era la misma. Mi madre acostumbraba cocinar con manteca de marrano y la comida con eso sale muy rica. Cuando fui a la capital, mis primos usaban aceite de pepita de algodón para cocinar y no me gustaba nada. Sufría mucho, no soportaba el olor de ese aceite. El agua también la sentía horrible. En mi pueblo tomábamos agua de los pocitos y era muy dulce. Y en la capital tenía un sabor a cloro. No me fue fácil acostumbrarme, pero, con el tiempo, uno a todo se acostumbra. Además, en el pueblo todos nos conocíamos mientras que en la capital yo no conocía a nadie, solamente a mis primas. Después me conseguí un trabajo en una costurería. La señora era mexicana y era muy buena conmigo. Me enseñó con mucha paciencia a hacer los ruedos de los vestidos, a pegar los botones, a hacer otros trabajos. Las otras chicas que trabajaban allí como que se pusieron celosas conmigo, porque la señora me trataba muy bien. Me hacían malos gestos. Yo no entendía por qué, si a ellas no les había hecho nada. Poco a poco, como soy así, que no me meto con nadie, vieron que siempre era amable con ellas y cambiaron de actitud conmigo. Hasta me dijeron: “Perdónanos, nos portamos mal contigo, sentíamos celos quizás porque la señora te trata muy bien, pero tú no mereces eso”. Así que fui conociendo la capital y aprendiendo mucho, porque uno en las aldeas tiene otras costumbres. Esa etapa de mi vida fue muy importante porque en la capital me vine a educar.

Mi esposo, desde que nos casamos, me encargó que administrara el dinero del hogar. Me dijo: “Nosotros, los hombres, a veces no sabemos administrar el dinero. Quiero ver cómo tú lo vas a administrar”. Él confiaba en que yo me iba a encargar de las cosas de la casa y tomaría las iniciativas para mejorar nuestra vida. Me entregaba lo que ganaba y sólo se quedaba con lo que necesitaba en la bolsa. Y la verdad es que me fue muy bien. Cuando se terminaba el mes todavía me sobraba dinero, cosa que a él nunca le pasaba. Entonces me dijo: “Sí, eres buena para administrar el dinero, puedo confiar en ti”. Desde entonces me dejó la administración del dinero y nunca hemos tenido problema. Cuando había alguna dificultad, miraba cómo me las arreglaba para encontrar una solución. Nunca le dije a mi esposo: “Mira, se terminó el dinero, mira tú qué haces”, como hacen muchas mujeres. Y cuando a mí me brotan nuevas ideas, suelo decirle: “Fíjate

que pienso esto y esto”. “Sí, verdad –me dice–, sería bueno”. Si podemos, pues lo hacemos. Pero antes de hacer cualquier cosa, le pido su aprobación; jamás he abusado de su bondad.

Hasta ahora mi esposo no se mete para nada en cuestiones de finanzas. Tampoco interviene en mis obras caritativas: por ejemplo, tengo esa vocación de ir a visitar a los enfermos, de orar por ellos, de ir a ver los problemas de los hogares, ayudar a las parejas dándoles consejos, a partir de mi experiencia. Él nunca se ha opuesto, porque sabe, quizás, que el día que me prohíba eso, me mata porque es mi vida. No lo hago por dinero, ni por recibir alguna recompensa. Lo hago por amor. Siento amor por la humanidad. Siento amor por el prójimo. Y, gracias a Dios, mi esposo no me impide nada. Pero, de mi lado, no debo olvidarme de las obligaciones de mi hogar. Tengo que estar pendiente de mi esposo, de mis hijos, por eso todo funciona bien. Gracias a Dios, no he tenido ninguna contrariedad.

Cuando mis niños eran pequeños, no tenía ninguna ayuda en la casa. Me tocaba lavar los trastes, lavar la ropa en la pila y me gustaba que los pañales quedaran bien blancos. Luego planchaba, iba al mercado, preparaba la comida, etc... No tenía ninguna clase de ayuda hasta que tuve el negocio de la tienda y tuve que buscar a alguien que me ayudara en las cosas que ya no podía hacer. Nunca tuve problemas con las personas que trabajaban conmigo, hasta el día que contraté a una muchacha, que me suplicó darle trabajo y como no tenía a nadie le dije que sí. Era de Livingston y decía que había venido de allá, que no tenía a nadie y que iba a trabajar por lo que yo quisiera pagarle. Pensé: “¡Qué raro!”, pero igual la tomé. Se quedó como tres meses con nosotros y se veía muy buena. Se levantaba temprano, hacía el oficio y cuando nos levantábamos nos tenía el desayuno preparado. Yo estaba muy contenta. Pero, un día me fui y mi hija Roxana se quedó sola en la tienda. Había una puerta para adentro pero Roxana la cerró hasta con pasador. Entonces, ella aprovechó mi ausencia y recogió lo que pudo, hasta relojes. Había un maletín lleno de telas, se lo llevó. No me acuerdo cuántas cosas se llevó, pero se salió por la puerta de atrás. Se fue. Roxana ni cuenta se dio. Menos mal que no le hizo ningún daño a Roxana. Pienso que esta señora ya tenía su plan cuando se vino a la casa porque era una ladrona. Fue la única vez en que tuve problemas con una empleada y cuando la contraté tuve un presentimiento, pero necesitaba urgentemente que alguien me ayudara en la casa.

Pero no siempre salimos venciendo

Cuando llegué a Canadá, no tardé nada en conectarme con mi iglesia, porque la señora que me recibió era una hermana de la Caridad, Sor Julieta. Ella fue la que me ayudó a instalarme aquí. Desde el principio me preguntó de qué religión era yo. Cuando le dije que era evangélica, ella me dijo: “Eso es lo malo de los evangélicos que no quieren decir mentiras, pero aquí hay que decir mentiras, si no nadie se queda”. Gracias a Dios no tuve necesidad de decir mentiras. Si no hubiera sido por un milagro de Dios, no me hubiera quedado aquí, nadie entra sólo porque su país está en malas condiciones. Así es que le dije que era evangélica y ella me dijo: “Bueno, pues aquí hay una iglesia y yo la puedo recomendar”. Así fue. Ella llamó al pastor y le dijo que había una señora evangélica que vivía en tal parte y le pidió que me fuera a visitar. Vinieron a vernos, hablaron con nosotras, conmigo y con Sofía, y luego nos llevaron a su iglesia.

Cuando vivía en Guatemala ya servía a Dios. Oraba. Oré por dos niños que ya estaban desahuciados de los médicos. Los padres guardaron los certificados de los doctores que decían que no podían hacer nada por ellos. Pero aquí he ido desarrollando mis facultades. Allá, el trabajo fue fuerte en la Obra, pero parece que todavía no había madurado mucho, como aquí he madurado. Las experiencias en Guatemala fueron varias, pero hay dos casos que me han impactado, particularmente:

El primero es el de una joven recién casada, con quien me había hecho muy amiga. Le hablaba de las cosas del Señor. Ella quiso asentarse y se fue conmigo a la iglesia; luego, vino su esposo. Formaban una pareja muy bonita. Quedó embarazada y su gran problema fue que no podía comer. Todo lo que comía lo devolvía. Solía tomar todos los días un jugo de limón. No sabía que el limón es muy malo cuando se espera. Cuando el niño nació, vomitaba la leche que le daba su madre, los jugos, todo. Tenía un año y seguía con el mismo problema. Una mañana, estaba yo desayunando cuando llega corriendo el papá y me dice que el niño de Auricia había muerto. Dejé mi desayuno y me fui corriendo a la casa de ellos. Apenas llegué, agarré el niño en mis brazos y les dije: “Entreguen a este niño al Señor. Si Él quiere, se lo va a devolver y si no, pues se lo va a llevar y ustedes tendrán que estar conformes con lo que Él diga”. Ellos se hincaron

e hicieron como les dije. Mientras yo tenía el niño en los brazos, comencé a hablar con Dios; a alabarle, alabarle, alabarle, pidiéndole que tuviera piedad y misericordia de ese niño. Que si era su santa voluntad, pues que le diera la vida y que quedara sano completamente. Y si no, pues, Él sabía si se lo llevaba o no. Y así estuve orando, un buen tiempo. Cuando volví de mi oración – porque me pierdo en el Espíritu, cuando es así– vi que el niño tenía los ojos abiertos y los colores habían vuelto en su cara. Antes estaba desfigurado y no tenía color en la cara. No respiraba. Lo veo con los ojos abiertos, tranquilo en mis brazos. Lo dejo en su cunita y voy a ver a sus papás: “Vengan a ver al niño”. Cuando se levantaron y vieron que el niño estaba vivo, que movía su boca y tenía los ojos abiertos, echaron a llorar de alegría y se hincaron de nuevo para darle las gracias al Señor. Cuando tomaron al niño, les dije: “Váyanse al médico para que les dé un certificado de lo que Dios acaba de hacer ahora”. El médico les había dicho que el niño de un ratito para otro iba a fallecer. Entonces ellos: “Está bien, el niño ya está muy sano, pero, si usted lo desea, lo llevaremos al médico”. Y se fueron con el médico. No era su médico de familia porque era un sábado y no estaba. El otro médico los vio y les preguntó: “Y ustedes, ¿a qué vienen?”. “Pues, fíjese, doctor, ese niño tuvo un gran problema desde que nació, echaba la leche y el médico no pudo hacer nada por él. Ayer lo declaró muerto y nosotros llamamos a una hermana que usa el Señor y ella oró por el niño y el niño resucitó”. Dijo el doctor: “¡Pero este niño está más sano que todos los niños! ¿Ustedes están seguros de lo que me están diciendo?”. “Sí. Nosotros tenemos los papeles en casa”. “Ah, pues, ¡eso es un milagro! ¡Es eso un milagro!”. Y entonces él sólo le sobó la cabecita al niño y les dijo: “Vayánse porque el niño está bueno y sano”. Ellos llegaron tan felices a la casa que saltaban de gozo. Y ahora el niño es un hombre.

El segundo caso es bastante parecido. Se trata también de un niño desahuciado por el médico. Los padres ya llevaban una semana de estarlo velando y estaban agotados. El niño tenía una complicación en los riñoncitos y los intestinos. Tenía como dos años y el doctor de una vez lo desahució. Les dijo a los papás que ya no había esperanza para el niño, que se iba a morir y que ahora sólo esperaran el momento de su muerte. Pero mi sobrina, que era familiar de la mamá del niño, me decía: “Tía, vaya a orar por el niño”. Y así me estuvo pidiendo seguido, mientras yo le decía: “Sí, voy a ir. Mañana, iré”. Pero se me iban los días y no iba. Un día me dijo mi sobrina: “No, tía, a usted la voy a tener que

agarrar de la mano y nos vamos porque si no usted no va... Ahorita nos vamos, tía, dejemos todo aquí y nos vamos, este niño casi ni respira". Mi sobrina tenía mucha fe. Había visto que Dios me usaba para hacer esas cosas. Me fui con ella. Íbamos corriendo. Al llegar a la casa, estaban ya los familiares de la mamá, que habían venido porque el niño se estaba muriendo. Llegué y les dije que me dejaran sola con el niño y que ellos rezaran conforme pudieran. Salieron y me quedé sola con la criatura. La saqué de la cuna y vi que ya tenía su vista fija, ya no parpadeaba. Tenía en los dientes una cosita negra, como tierra. Eso es seña cuando uno se está muriendo. Así que lo tomé en mis brazos y comencé otra vez a hablarle al Señor, hasta que me perdí en el Espíritu. Me tardé bastante, porque le rogaba y le rogaba y le rogaba, que hiciera la Obra en el niño; hasta me olvidé decirle que si era su voluntad, sólo le pedía que lo sanara y que lo sanara. Cuando volví de mi trance, el niño estaba con sus ojitos cerrados, mientras antes ya no los podía cerrar. Primero pensé: "Se habrá muerto quizás el niño", pero como le puse el dedo en la nariz y vi que el niño estaba respirando, dije: "No. El niño está descansando ya". Lo llevé y lo acosté en la cuna. Abrí la puerta y les dije: "No le hagan bulla al niño, porque está descansando. Y por la fe y la misericordia de Dios declaro que el niño ya está sano". En eso me fui, porque vivía en otra colonia y tenía que caminar bastante. Me fui confiada con mi sobrina. Otro día después de su trabajo mi sobrina fue a visitar a la mamá del niño a preguntarle por él. "Vení a ver al niño". Estaba sentado en la mesa comiendo una comidita suave porque tenía días de que no comía nada. Se le notaba la cara bien cansada pero, ¡con qué hambre comía! A los poquitos días se repuso totalmente.

Hoy día es un hermoso joven. Hace dos años, cuando fui a Guatemala, me llevaron a verle. Ahorita ya tiene como unos diecinueve, quizás veinte años. Es un muchachón bien alto. Un día me dijo la mamá: "Mire que ingrata era yo. ¿Cómo no me pude dar cuenta del gran milagro que Dios hizo en mi hijo? Porque vi que mi niño volvió a la vida y nunca más estuvo enfermo, pero sólo decía: '¡Ay, qué bien que se sanó mi hijo, qué bien que no se murió!'". Hasta allí no había tomado conciencia de lo que Dios había hecho en su hijo. Diez años después reaccionó, dándose cuenta que Dios es real y que había sido testigo de un milagro. Se fue a la iglesia, hizo confesión de fe y ahora ella también es una buena adoradora de Dios y testifica de los milagros que Dios hace.

Cuando llegué a Montreal, fui a una congregación que no tenía la misma visión que la mía. Había gente muy celosa, egoísta. Cuando comenzaron a llamarme para que fuera a los hogares a orar, algunas se pusieron celosas, sentí mucha presión. Era una comunidad hispana. A veces Dios permite esas reacciones para averiguar si estamos realmente sembrados en su palabra. Me quedé como unos cinco años y cuando vi que no podía, que en vez progresar más bien retrocedía, porque me sentía atrapada, entonces le pedí al Señor que me sacara para otro lado y Él me sacó. Ahora estoy en otra congregación, muy feliz. Esa congregación se llama *Torre Fuerte* y se encontraba hasta hace poco en la calle Saint-Laurent. Ahora está en la calle Marquette. En esa iglesia me han apoyado mucho. Somos pentecostales. A veces, la gente cae al suelo cuando yo oro. Eso significa que Dios los ha liberado de grandes problemas que tenían. Cuando caen al piso, sienten algo muy lindo. Mientras oro, a la persona le pongo la mano en la cabeza y si el Espíritu Santo la quiere botar, la bota, pero no soy yo la que la boto. Aquí comencé a entrar otra vez en la visión. Gracias a Dios, porque en esta iglesia Dios me ha prosperado mucho y he gozado del amor de los hermanos, de su comprensión. Los amo tanto que los siento como si fueran de mi propia carne.

Aquí también he vivido muchas experiencias. Una hermanita tenía su niño enfermo y me dijo: "Hermana Martha, le voy a traer al niño el martes que viene para que ore por él, porque tiene una bronquitis que no se le quita con nada. El doctor ya me dio remedios, pero no se le quita con nada". "Tráigalo el martes", le dije yo. Bueno. Así quedó. En esa misma semana ella tuvo un sueño. ¡Cómo son las cosas de Dios! ¡Tan bellas! En su sueño me llevaba al niño y me decía: "Hermana Martha, mire, aquí está el niño", y yo le contestaba: "Espéreme, hermana, voy a ir a traer el doctor para que lo mire". Entonces dice que ella se quedó esperando allí con el niño. Y dice que fui y entré en un cuarto que había allí. Al ratito, dice que yo venía con el doctor vestido de blanco. Se acercó al niño, lo tocó y sólo le dijo: "Yo te sano, hoy". Fue todo. El niño amaneció sano. Quiere decir que en el mismo sueño el Señor le hizo ver a ella un doctor –pero Él era– lo tocó y el niño se sanó. Mientras ella testificaba, había un montón de gente. Ese día, todos se pusieron muy alegres al oír eso. Fue una de las experiencias lindas que el Señor me dio. Otras hermanas, ese mismo día, testificaron también que Dios les había dado sueños donde me miraban vestida de blanco y mi vestido tenía muchas perlas que brillaban. Me sentía muy contenta porque sé por

qué el Señor les muestra eso a ellas. Uno no puede testificar directamente.

Pero no siempre salimos venciendo. Cuando Jesús anduvo en la tierra, mucha gente venía a Él porque tenía un gran poder. Él oraba por todos y todos se sanaban. Pero nosotros estamos limitados. Oramos y unos se sanan, otros no se sanan. Pero existen muchos testimonios de lo que se hizo. Por ejemplo, una vez una hermana estaba grave, hasta se le salía el ano. Un día cuenta que en su casa estaba cuando sintió una cosa rara. Había tenido una complicación y el doctor le dijo que su estado era muy delicado. Me lo contó y pude ver lo feo que se había puesto eso; entonces le dije: “Voy a ir a su casa y vamos a orar, a pedirle al Señor. Durante siete días iré a su casa”. Y así fui durante siete días y también puse a muchas hermanas a orar. El último día vi que del apartamento salió algo para fuera, entonces, le dije: “Veo que sale un bulto negro para fuera”. “Sí –me dijo– sí”. “Ojalá sea todo lo que se estaba moviendo en usted”, le dije. Como a la semana, ella tenía una cita con el doctor. Cuando el médico la examinó, le preguntó: “Señora, ¿qué ha pasado?, usted ya no tiene nada. Su caso era bien complicado y la operación iba a ser difícil. Ahora está sana”. Cuenta ella que se puso a llorar y que el médico le dijo: “¿Qué le pasa?”. “¿Sabe por qué estoy llorando, doctor? – dice que le dijo–. Porque Dios ha hecho un milagro en mi salud. Y ahora usted me lo confirma al decirme que ya no tengo nada”. “Sí, me convenzo que eso verdaderamente ha sido un milagro y la felicito, señora”, dice que le dijo el doctor.

Cuando me pongo a orar me comunico con Dios y para lograrlo tengo que mantenerme en la disciplina de Dios. Mi mente tiene que estar en el Señor y mi corazón también. Todo lo que yo haga tiene que ser consultado por Dios. Él es grande, es poderoso y si no cumplimos con lo que dice, no se glorifica. Así es que otros reciben a través de la obediencia de uno con Dios. Para que una persona quiera que Dios la use, tiene que disciplinarse en Dios, primeramente, y luego comienza a pedirle para que le dé a uno y Él le da. El secreto consiste en llevar una vida muy disciplinada.

Cuando empiezo a orar, me arrodillo donde está el enfermo y comienzo a glorificar a Dios, a glorificar a Dios, a glorificar a Dios, a pedirle, a pedirle, a darle gracias, sobre todo. A Él hay como que hay que decirle: “Te amo. Tú eres todo para mí. Tú eres el aire que yo respiro. Tú eres la rosa de ese aroma. Tú eres el Dios que me ha

dado la vida y por Él es que yo estoy viviendo”. Por allí se comienza a orarle al Señor, a orarle y a orarle y a orarle y a orarle. De repente cae el llanto y cuando cae el llanto allí mismo viene el saturamiento también del Espíritu; cuando ya el saturamiento del Espíritu está en uno, entonces allí es cuando va a haber sanidad, cuando fluye eso. Hay veces que es bien difícil entrar verdaderamente en la presencia del Señor, hay muchas fuerzas contrarias y hay que luchar con esas fuerzas y a veces como que no lo logramos. Pero otras veces sí lo logramos y cuando lo logramos, vemos la Obra hecha.

Aquí la gente no es como la de nuestros países, donde se cree de todo corazón y uno se deja mover por Dios. Aquí no. Hay mucha incredulidad en la gente. Por eso cuesta para ver un milagro grande, hay demasiada dureza de corazón. Aquí no he podido ver que un muerto resucite, como en Guatemala. Sí, conocí a un señor que fue deportado porque tenía sida. Lo deportaron para que se fuera a morir a su país, El Salvador. Un día antes de que fuera deportado, me llamaron para que fuera a orar por él. Fui donde estaba, con mi esposo y otra hermanita. Platicamos con él y nos dijo que había sido evangélico, pero que había caído. Aquí no tenía a nadie. Entonces nos dijo: “Me quiero reconciliar con Dios”. Y qué bien se reconcilió y oré por él. Luego se fue a su país. La hermanita que me había contactado quedó pendiente de él y lo llamó por teléfono y él le dijo: “El Señor me sanó del sida. Estoy sano ahora. Ya no tengo nada”. El Señor lo sanó. Allá había consultado al médico, le hicieron exámenes y todo le salió limpio. Aquí he sanado cánceres, como el que tuvo una muchacha latina, un cáncer de un pecho. También oramos por ella hasta que se sanó del cáncer y ya no tuvo necesidad de ir más al médico.

Mi familia nunca me ha desanimado en lo que estoy haciendo. Mi hijo Otoniel es igual que su papá, no me contradice en nada. Dice que si soy feliz haciendo eso, pues que lo haga. Lo que quiere es verme feliz. Y mis hijas también. A ellas las llevé a la iglesia cuando estaban pequeñas y son conocedoras de las cosas. Ellas son libres, no las puedo obligar. Mientras las pude llevar y enseñarles el camino lo hice, pero ahora son grandes. A ellas les gusta la vida amplia, les gusta fumar. A Roxana le gusta fumar y el esposo toma cerveza; y donde anda el esposo, pues ni modo, anda ella también. Una vez hablé con ella y me dijo: “¿Qué, mamá? No puedo estar en la iglesia y mi esposo por otro lado, porque mientras estoy en la iglesia, él se me va a saber para dónde y va a resultar hasta con otra mujer por allá

por haberlo dejado solo”. El día que Dios haga la obra, pues la tiene que hacer en los dos. Algún día Dios va a tocar su corazón porque Él ya me lo dijo. Ya me dijo que mis hijos no se van a perder, se van a salvar. ¿De qué forma Él los va a salvar? No sé, pero es una promesa que Él me hizo. Tengo que serle muy fiel. No todo el mundo quiere sacrificarse. Servir a Dios requiere una disciplina. Hay que estar en la iglesia. Voy los martes y los viernes, el sábado y domingo y, como vivo muy lejos, me canso mucho. El domingo comienza a las tres y termina como a las siete de la noche. Esa disciplina no le gusta a mucha gente. Dios sí exige, sí exige. Y para que Él nos dé algo, también nosotros tenemos que sacrificarnos. Por eso es que muchos no se meten, porque saben que esto es muy sacrificado. Al mismo tiempo que trabajaba en una casa haciendo la limpieza, atendía la obra de Dios y atendía mi hogar. Al final, sentía que me estaba muriendo. Por eso me cayó tanto cansancio y tuve que parar un poco. Necesidades hay muchas, muchas. Pero cuanto más le doy a Dios, más me da Él.

¡Cómo son las cosas! En Guatemala una hermana tenía una gran ranchara en el cuerpo y ¡cómo le picaba! Igual a la hija y al esposo. Los tres estaban llenos de esa ranchara. Un día llegué a la iglesia para predicar y el tema propuesto era sobre la sanidad. Al final, administré sanidad sólo a la madre y a la hija, porque el esposo no quiso presentarse. Ellas se sanaron mientras el esposo se quedó con las rancharas por no haber ido. ¡Mire! Y me dice la hermana: “Mire, él no quiso venir, le rogué que viniera y no vino. Mi hija y yo nos sanamos y él se quedó con las rancharas”. “Ya ve. Así es –le digo– por eso, uno tiene que estar a la expectativa, porque en Dios hay muchas sorpresas”. De repente, Él trae a hermanos de lejos, lejanas tierras, hermanos usados por Dios. Uno tiene que ser persistente, porque si ese hombre hubiera ido esa noche, se hubiera sanado. Después se lamentaba, pero no, se quedó con su ranchara. Mucho más tarde sanó porque le dieron un tratamiento, pero las hermanas no necesitaron de tratamiento. Aquí, en Montreal, se ha ido formando como una cadena y cuando alguien sabe de alguien que está mal entonces se comunican conmigo. Satanás es el enemigo de Dios y no quiere que se haga la Obra de Dios, aquí, en la tierra. No quiere. ¿Y cuál es el pleito de Satanás? Que ya estuvo arriba y sabe la gloria que hay allá. Esa es la controversia, no dejar que nadie suba arriba. Satanás quiere que todo el mundo esté con él. Y de él tenemos que escaparnos nosotros.

La llegada de la familia a Montreal

Primero vino mi esposo con Otoniel, mi hijo y dos de mis hijas, Lorena y Yénifer. A Roxana la trajimos después. Ella se quedó porque ya estaba casada. Pero tuvo suerte, porque cuando fui allá, le llevé la carta de invitación, fue a la embajada y le dieron la visa sin problema. A pesar de que eso no es tan fácil. A ella y a su niño Brian les dieron la visa. Después vino René, su esposo. Pero él no vino así, vino por la vía ilegal. Vino cruzándose México y todos los Estados Unidos, porque de aquí que a mi hija le hubieran dado los papeles, se llevaría demasiado tiempo. Entonces él decidió que no esperaba más, porque se iba a volver loco sin su esposa y sin su niño. Le anunció a Roxana que tomaba la decisión de venirse como sea. Cuenta que sufrió mucho, pero logró llegar a Canadá. Viajó escondido en un coche pues venía ilegal.

En Guatemala, hay gente que se dedica a pasar a las personas a los Estados Unidos. Los traen en coche y saben cómo hacer para que la gente pase sin problema. Antes se podía hacer eso, sin demasiado peligro, pero hoy eso es casi imposible.

René llegó a Plattsburg, Estados Unidos. Cuando supimos que estaba allí, fui a Plattsburg con mi esposo, a decirles a los de la frontera que lo íbamos a recibir y que era mi yerno. Me dijeron “Sí, sí, se lo vamos a entregar, pero él tiene que irse dos semanas al hotel y tiene que pagar”. Yo no cargaba dinero en ese momento y le dije a René: “Bueno, René, váyase tranquilo, no tenga pena, me voy para la casa a traer el dinero y lo venimos a buscar al hotel. Lo difícil para mí es que cuando regresé para el hotel, iba un poco con miedo. Esta vez llevaba a Yénifer y cuando pasamos por la Inmigración, dije que iba a pagar lo del hotel y a llevarle cosas a René. Todo eso sin hablar inglés, sólo con la ayuda de Dios. Decía: “Dios mío, no hablo inglés, ¿cómo voy a hacer?”. Cuando bajé del autobús y me dirigí hacia los taxis, me preguntaba qué le iba a decir a un señor que estaba allí, junto a su taxi. Me decía: “¿Qué le digo, qué le digo?”. En ese momento, él me vio y me dijo: “Señora, ¿necesita ayuda?”. Me sentía tan aliviada que pensé: “¡Ay! Gracias, al menos me está hablando”. Me dice: “No sé hablar mucho español, soy alemán, pero he aprendido un poquitito”. “¡Ay, qué bien! –le dije yo–. Sí, necesito ayuda. Voy a ver a mi yerno que está en el hotel del gobierno. Yo ni hablo francés, ni conozco nada aquí. Y vengo con mucho miedo”. Y me dijo: “No tenga miedo, señora, yo la llevo a ese hotel”. Roxana, la mujer de René, se

había quedado del otro lado de la frontera, porque ella había venido como turista. Después aplicó para su residencia y no tuvo problema en conseguirla. Así que llegué al hotel, después de un largo trayecto, tan largo que sentía que nunca llegábamos. Hasta me comenzó a dar miedo. Yénifer, que venía conmigo, me decía: “¡Ay! ¡Mamá! Este señor, ¿adónde nos lleva?”. Sentía un gran temor y pensaba en mi Yeni, porque como hay tanta maldad ahora... pero yo pensé: “No, no tengo que dudar, ni tengo que desconfiar”, y le dije a la niña: “Quédate tranquila, mamita. Al fin, llegamos”. Y el señor nos dijo: “Bueno, aquí está”. El señor, muy amable, me acompañó hasta la puerta del cuarto donde estaba René. Le di el dinero a René para que pagara el hotel. Cuando regresamos a la frontera, estaban todos esperando fuera y el niño bien contento de ver a su papá. Fue un momento muy, muy fuerte.

Yo tenía un apartamento, era un seis y medio, en la calle Saint-Dominique. ¿Quién me puede creer? Sólo yo que lo he vivido. Pero, hasta el apartamento, me lo dieron en doscientos dólares. ¡Era un seis y medio y tenía cinco cuartos, la cocina y la sala! Allí tratamos de acomodarnos todos. Después vino también un amigo de René, que también quería vivir en Canadá. Nos acomodamos como pudimos; mi hija no llevaba dinero, mi yerno no llevaba dinero, nadie llevaba dinero. Sólo yo trabajaba en aquel entonces, pero veía a mi pequeño mundo reunido conmigo como una bendición grande.

Mi otra hija, Lorena, que también estaba casada, esperaba un bebecito y Eduardo, su esposo, ya había llegado aquí. Había venido como se vino René. Recuerdo que cuando llegaba de trabajar, allá estaban todos. Ya Lorenita había cocinado, qué alegría sentía al verlos a todos, después de tanto tiempo de vivir sola. Estaba tan feliz que no lo creía. Estuvimos juntos unos dos meses, y, ya comenzamos a buscar trabajo para René. Es un buen confeccionista, en Guatemala trabajaba en tela y aquí vino a trabajar en cuero, aunque no sabía nada de cuero. Se fue abriendo camino y descubriendo otras compañías que le daban suficiente trabajo. Cuando estuvieron en condición de alquilar su apartamento, entonces se fueron. Durante cierto tiempo le ayudamos todos a Roxana, porque había conseguido un trabajo cerca de la casa, en una fábrica de armar cajas. Entonces traía las cajas y entre todos las armábamos. Cuando empezaron a ganar su dinero, ya me pudieron ayudar para la comida y así, entre todos, no nos faltaba nada. Al amigo de René le conseguimos trabajo en un restaurante. Total que todos estaban trabajando y poco a

poco, cada quien alquiló su apartamento y nos volvimos a quedar yo y mi esposo, Otoniel y Yeni. Mi esposo también consiguió trabajo.

Luego vino su hermano y también se alojó en mi apartamento...Éramos bastantes y el hermano de mi esposo nunca colaboró mucho en la casa, aun cuando ganaba su dinero. A él no lo soportaba. Le tuve que decir a mi esposo que mejor se fuera.

Cuando René empezó a trabajar no podía ser declarado porque no tenía permiso de trabajo. Pero el proceso para conseguir los papeles no fue muy largo y pudieron tener el permiso porque él tenía ya su trabajo. Luego comenzó con su pequeña empresa. Roxana no ha comprado casa. Ahorita iban a comprar una casa de la vecindad cerca de nosotros. La casa costaba trescientos mil dólares, pero porque ahora el trabajo en cuero está muy bajo y a René se le cerró el trabajo y que, además, se atrasaron con dos pagos en sus tarjetas de crédito, pues por esos dos pagos atrasados, no les pudieron dar el crédito. Me dolió porque estaba bien contenta con la idea de que mi hija iba a vivir a mi lado, en una casa muy bonita. Pero, bueno, no fue posible. El que pudo comprar una casa fue Eduardo. Compraron un duplex, muy barato, por ciento treinta mil dólares, y ahorita cuesta trescientos mil cincuenta.

Todos se integraron muy bien en Canadá. Les agradezco sinceramente a mis yernos su manera de esforzarse para salir adelante rápido. Eduardo, con un librito Assimil que se consiguió de inglés, aprendió ese idioma para defenderse en su trabajo y ahora habla francés también. Cuando vino aquí, en ese gran frío, ni sabía cómo era aquí. Pero, frente a la necesidad, le dijo a Lorena: “No sé, tengo que trabajar de algo aquí porque pobrecita doña Martha, solita anda aportando aquí para que nosotros comamos”. Eso no se lo olvida, dice. Por esa urgencia aprendió rápido los idiomas. El consejero que le estaba ayudando para la inmigración le consiguió un trabajo de repartir periódicos. Se iba a las cinco de la mañana, en aquel frío. Ese muchachito no se rajó porque apenas tenía diecisiete años. Se iba en ese gran frío y ganaba su dinerito también. Luego dejó de repartir el periódico y se consiguió un trabajo en un restaurante. Todos los días nos llevaba buena comida a la casa. Después ya dejó de trabajar en el restaurante y se consiguió trabajo en una compañía de tela, donde trabajó bastante tiempo. Más tarde compraron sus máquinas, él aprendió el trabajo de René, o sea a hacer chaqueta de cuero, y también pusieron su pequeña empresa. Estuvieron trabajando unos cuatro, cinco años. Después dijo que se había

cansado de este trabajo y se fue a estudiar la informática. Luego se fue a trabajar en una empresa de computadoras. Rápido consiguió trabajo, ganaba bien y aprendió muy bien, después puso su propia empresa. Ahora se desenvuelve solo, es empresario. Ahora le toca a su mujer, Lorena, volver a los estudios. Estudia el inglés y dice que quiere seguir una carrera, porque Eduardo le dice que estudie. Quiere hacer una carrera rápido, no quiere morir estudiando.

En Guatemala, Roxana había empezado a estudiar para ser enfermera de primeros auxilios. A los doce años, ya trabajaba como enfermera. Era una niñita pero como tomó sus cursos y la señora que le enseñaba era de mi familia, hablé con ella y le conté que todo el tiempo Roxana me decía: "Mamá, quiero estudiar para enfermera, a mí me gusta, eso es lo que quiero hacer". La señora me dijo: "No hay problema, le daré su cartón siempre y cuando vaya aprendiendo". Roxana salió muy inteligente y me utilizaba para practicar conmigo. Me sacaba sangre, me ponía inyecciones y así practicaba. Sacó su diploma bien jovencita y comenzó a trabajar en casa. Les ponía inyecciones a los niños, a la gente, tenía como un consultorio en la casa. ¡Cómo la buscaban las personas, con los niños tiernitos, a mí me daba pena verlos! Llegaban las señoras y me decían: "A ella le tenemos confianza. Ella sí sabe poner inyección". Y sólo tenía trece años. La gente la buscaba, decían que tenían mucha confianza en ella, y también me decían: "Hemos ido a otro lado pero lastiman a los niños. Con ellos, ¡cómo lloran! Y con ella ni lloran siquiera". Por eso quería que siguiera sus estudios hasta que se graduara de enfermera, para estar a la par del médico. Pero como en eso se enamoró de René, ya nadie la pudo convencer de que seguiera estudiando. Y ahora, cómo se arrepiente porque me dice: "¡Ay, mami, si yo hubiera seguido!". Aquí no pudo seguir porque su esposo es muy celoso. Hasta para ir a mi casa tiene que acompañarla uno de los niños. Roxana es una mujer honesta, en todo, no de esas que andan coqueteando con los hombres... una mujer seria, pero el hombre es demasiado celoso. Actualmente, la pobre trabaja en una empresa de limpieza de oficinas. ¡Pobrecita! ¡Con todo el don que tenía para ser enfermera! Ahora tiene cuarenta años. Si René la dejara volvería a los estudios, pero desgraciadamente no la deja.

De todos mis hijos, Otoniel es el que llegó al mayor grado de estudios. No hizo el "cegep" pero pudo entrar en la universidad como estudiante libre. Estudió la contabilidad y también habla francés e inglés. Ahora él tiene una buena

profesión. Como es soltero, sigue viviendo en la casa pero yo dije: "Mi hijo, un día ud va a hacer su vida, no piense en nosotros, piense en usted, porque vamos a morir y usted se va a quedar. Si Dios así lo quiere, tiene que buscarse compañera".

Yénifer es la más chica de mis hijos, tiene veintiún años y es bastante distinta a sus hermanas. Esa niña es bastante curiosa, creo que se parece más a mí. Un día me dice: "Mami, yo salí a usted". Porque yo quería saber, quería estar aquí, quería saber cómo es este país también. Ya se le está terminando, allá. De repente, va a regresar a casa. Se fue a vivir en los Estados Unidos. Hace tres años que está en California. Dice que le gusta, que está encantada, pero que la verdad su lugar es éste. Que no vaya a olvidarse del francés, porque allá no lo está practicando, sólo practica el inglés, pero no el francés. Gana su vida trabajando en las escuelas, donde vende pólizas, becas para los estudiantes. Pero dice que se está poniendo muy mal el trabajo. ¡Ojalá después se venga! Todavía no tiene novio. No quiere comprometerse, dice que no quiere andar sufriendo, porque una mujer enamorada sufre.

Ahora que estamos todos bien aquí, pensamos vender la casa que tenemos en Guatemala. No creo que volvamos a vivir en la capital. Pero si logramos vender la casa compraremos otra, en otro lado, porque el barrio donde vivíamos se puso bastante peligroso. Hicieron otras colonias nuevas y metieron sólo a gente delincuente y esta zona se ha vuelto peligrosa.

Salí de Guatemala huyendo de la mala situación y hoy en día está peor que en aquel tiempo, cuando nos alarmábamos. Está peor. Por eso me gustaría irme por un tiempo, quizás unos seis meses, no más.

Hace poco les dije a mis hijos, cuando me sentía muy cansada: "Quisiera ir para Guatemala, pero no vivir en la capital, sino irme con mi familia, porque en la capital ya no me gusta. Comprariamos una casa del lado de Quesada". Ellos me dijeron: "¿Cómo es eso, mami? Nos venimos siguiéndote a ti y ahora que estamos bien instalados nos dices que te quieres ir y nos vas a dejar? No tiene caso". Les dije que tenían razón, que me perdonaran, que son ideas que a mí se me meten por estar muy cansada y querer desaparecer. Pero no, no me iría quedándose ellos aquí. Tampoco les diría: "Vámonos para allá". Porque allá, si uno pone un negocio, lo matan. Por cualquier cosita lo matan, por un buen

reloj que uno lleve, lo matan. Yo aquí estoy bien. Este lugar, en realidad, es como un paraíso para nosotros. Aquí todavía hay paz, hay tranquilidad. Allá, en nuestros países, no hay. El Salvador, Guatemala, Honduras, es terrible. ¿Para qué irnos? Lo peor de allá es que están matando a los jóvenes, a todos esos jóvenes que están en pandillas por las calles. Hace poquito mataron a doscientas muchachas, metidas en las pandillas. Un día aparecieron muertas y no saben ni quiénes son. También hay niñitos, chiquitos, que andan en la calle porque los padres los metieron a la calle. Los padres son drogados, son borrachos. Esos niños no tienen hogar, se quedan tiraditos en las calles, durmiendo. Los he visto con una bolsita respirando pegamento de zapato. Y roban: en un descuido le quitan la cartera, le quitan cualquier cosa, porque tienen que comer y sostener su vicio. Eso es el daño. Da mucha tristeza verlos así. Le doy gracias a Dios de que hayamos venido para acá. Si no, estuviéramos como está todo el mundo allá.

Mis nietos, casi todos nacieron en Montreal
Mis nietos, casi todos nacieron en Montreal y son muy felices. Algunos no conocen todavía Guatemala. No hablan de Guatemala porque no la conocen. Nosotros les contamos las historias de allá, les contamos todo, pero no es igual. Ellos se sienten de aquí. Son unos niños bien aplicados, bien estudiosos. Sus amigos son “québécois” y algunos son latinos. Por ejemplo, Luisito tiene muchos amigos de aquí. Ahora que se recibió de la secundaria, sus padres le hicieron una fiesta bien especial, sólo para los jóvenes. Que allí no va uno. Nosotros fuimos cuando él recibió su diploma, pero después a la fiesta sólo van ellos. Y como el papá es bien vanidoso, le pagó una limusina. Luis con todos sus amigos se fueron en la limusina. ¡Felices, los amigos! Y no les pidieron ninguna colaboración. Dijo Eduardo: “Bueno, ese es el regalo que le doy también”. ¡Con lo caro que cuesta alquilar una limusina! Ni siquiera es para un día, sólo por unas horas, como desde las cinco de la tarde hasta la una de la mañana. ¡Como unos novecientos dólares! Le dije a Lorena: “Lorena, ¿no les duele a ustedes?”, y ella: “Pues no. Este niño se lo merece, ha sido muy aplicado. Mira cómo ayuda al papá después de la clase. Es lo único que se lleva el niño, me dijo ella. “Un buen recuerdo que se lleva. ¿Para qué queremos nosotros dinero? Me gusta más que los niños se lleven un buen recuerdo de nosotros”. Así son ellos, así son ellos: A mí no me

gusta nada eso. Insiste mi hija: “Él se lo merece porque ha sido un niño bien aplicado. Siempre ha estado al día con su trabajo de la escuela. Nunca nos llamaron para darnos una queja. El tiene un récord bien”. Ahorita se va al “cegep”. Quiere estudiar la comunicación. Tendrá que tomar el metro que va hasta Henri-Bourassa y allí un autobús. Vivimos en Rivière-des-Prairies, un poco lejos. Luis está sacando su licencia de conducir.

Su papá tiene un carro antiguo, un Mustang 73, rojo, bien bonito. Seguro que le va a dar ese carro, pero a mí no me gusta, me da pena. El otro día lo tenía él allí: el tío de Eduardo está en Guatemala y es mecánico. No sé lo que pasó, pero se quedó sin dinero y Eduardo, cuando fue allá, vio la mala situación de su tío. Tenía este Mustang y le dijo: “Mira, ¿por qué no me compras este carro? Si te lo llevas, allá te darán un buen dinero por él. Lo arreglamos bien, lo ponemos bonito y te lo mando. Te lo voy a dar en diez mil dólares”. Y así fue. Dicen que si lo quisiera vender Eduardo, ahorita le darían bastante dinero, como cuarenta mil dólares. Cuando se lo trajeron de Miami, llegaban los hombres a verlo. Tuvieron que meterlo en un garaje, por miedo a que se lo fueran a robar. Es bien bonito el carro. Creo que Eduardo se lo quiere dar a Luis, pero yo no quiero eso y digo que mejor que se vaya en bus. ¡Menos mal que no pasó el examen! Estaba bien enojado Eduardo, pero yo le pedí a Dios que no se recibiera. No quiero que este muchachito vaya a tener problemas. Pero estoy segura que va a volver a pasar el examen y que lo va a lograr.

Ahora mis hijos viven bien y me pueden ayudar. Son muy generosos conmigo. Cuando Lorena compró su casa, no tenían dinero para dar la entrada, eran diez mil dólares, entonces nosotros los ayudamos. Roxana solamente pidió que le prestáramos un dinero para meter en el banco y que así le dieran su préstamo. Le prestamos y les prestó también el suegro, pero ni con eso les dieron.

Decidí que se vinieran mis hijos porque buscaba un buen porvenir para mi familia. Por eso es que estamos aquí. Y no me arrepiento de haberlo hecho, porque, gracias a Dios, a pesar de que ni en la capital me crié, una muchachita del campo, que ni pudo estudiar, tuve mis ambiciones de salir adelante y hasta dónde he venido a dar...

